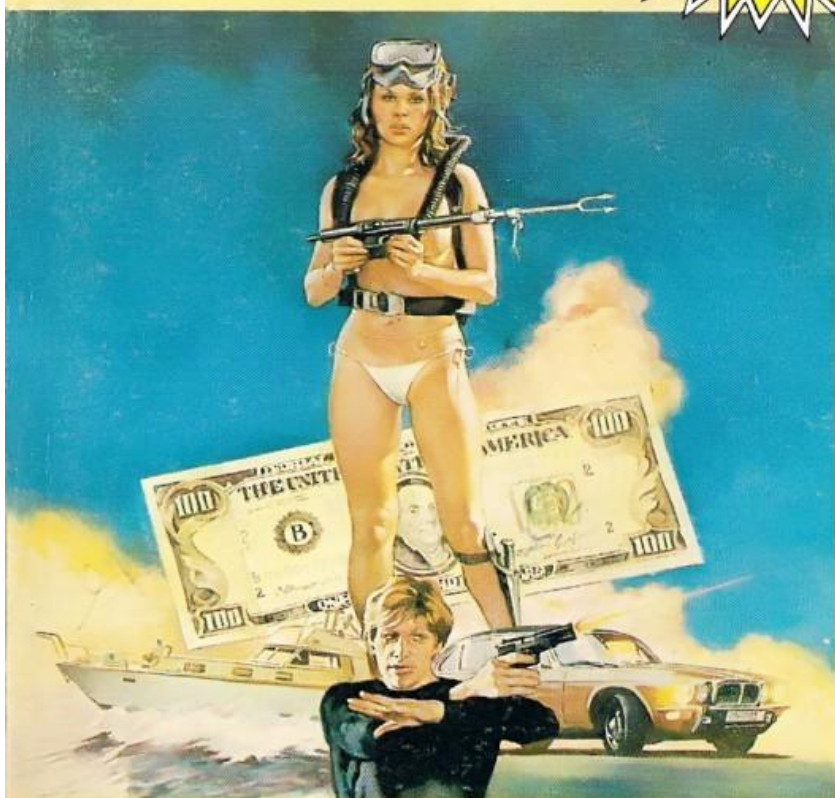


LOU CARRIGAN

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS



UN FAVOR A LA HUMANIDAD



BRUGUERA

LOU CARRIGAN

UN FAVOR A LA HUMANIDAD

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1795
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Jerry Cotton

LA NOVELA
POLICIACA
DE MAS EXITO
EN TODO
EL MUNDO

BRUGUERA



Lou Carrigan

**UN FAVOR A LA
HUMANIDAD**



BRUGUERA

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Búfalo Serie Azul
Selección Terror
La Conquista del Espacio

1.^a edición en España, abril. 1985

1.^a edición en América: octubre. 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera. S. A. Camps y Fabrés. 5. 08006 Barcelona (España)

© Lou Carrigan - 1985

texto

© Norma - 1985

cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN 84 02 02513-7 / Depósito legal: B. 9.417 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.

Carretera Nacional 152, km 21.650. Paréts del Vallés
(Barcelona) 1985

PRELUDIO EN HAWAII

Simpson Rice se sentía satisfechísimo de sí mismo. No sabía qué resultado iba a dar a su trabajo, pero sabía que había trabajado bien. No se le podía pedir más. Había tomado dieciocho fotografías, y, pese a la distancia, estaba seguro de que eran buenas, que saldrían bien. Por algo utilizaba una cámara formidable en todos los sentidos.

Y justo entonces, en aquellos momentos en que pensaba que lo había hecho muy bien, apareció la otra lancha, acercándose. A bordo de ella, Rice vio por el momento a tres hombres: uno a los mandos y dos asomados a la borda, mirando hacia él... y con caras de pocos amigos. Rice tuvo el palpito de que no lo había hecho tan bien como había creído hasta entonces, y, por si acaso, corrió a los mandos de su lancha y se puso en marcha.

En cuestión de segundos zarpaba, directo hacia la salida del embarcadero.

Pero situémonos: Simpson Rice se hallaba en el embarcadero del Hila en la isla de Hawaii, la que da nombre a este archipiélago. Había estado vigilando el yate cuyo nombre era *Red Sun*, tomando fotografías del yate y de varias personas que llegaban al yate, así como de algunas otras que salían. Un buen trabajo, realizado con calma, aprovechando las ventajas del magnífico teleobjetivo de su cámara que le permitía mantenerse a distancia.

Sin embargo, algo debió hacer mal, o quizá en el yate había alguien que a su vez vigilaba por si los vigilaban a ellos, y vio a Rice. Como fuese, lo cierto es que a Rice no le gustaron nada los sujetos de la lancha que se acercaba, motivo por el que se apresuró a poner mar por medio.

O lo intentó al menos.

Salió a mar abierto, y, como temía, la otra lancha navegó tercamente tras la suya. Los dos hombres seguían junto a la borda, mirando hacia él. No hacían ni un solo gesto de agresión, ni siquiera de velada amenaza. Simplemente, le miraban. Pero Rice

era gato viejo, y sabía oler el peligro: iban a por él, y punto.

De modo que, dejándose de cábalas y de disimulos, en cuento dejó atrás la encantadora Hilo-Hilo imprimió a su lancha toda la velocidad, surcando como una exhalación las impidas aguas de la bahía. No tenía la menor duda respecto a su ruta: si la lancha que le perseguía era más veloz que la suya, él pondría inmediatamente rumbo a tierra, saltaría a cualquier playa, y emprendería la fuga a pie isla adentro. ¡Y a ver si eran capaces de atraparlo entonces!

Si, por el contrario, su lancha era más veloz que la perseguidora, se limitaría a continuar navegando, alejándose de Hawaii, isla que quedaría a su izquierda, es decir, al sur. Luego, simplemente, realizando lo que podría definirse como un viaje de placer, seguiría su singladura por el archipiélago hasta alcanzar la isla de Oahu, donde se hallaba Honolulu. Desembarcaría allá y se apresuraría a presentar su informe sobre la vigilancia que había hecho objeto a Hamilton Delaney, su visita al yate *Red Sun*, su relación con las personas que aparecían en las fotografías...

Un buen trabajo.

Y con mucha suerte, porque Simpson Rice tardó bien poco en darse cuenta de que la otra lancha jamás alcanzaría la suya. La fue dejando atrás, atrás, atrás... ¡Estupendo!

Tras un suspiro de alivio, se dedicó a mirar la costa de Hawaii, verde y blanca. En el centro de la isla destacaban los impresionantes conos de los volcanes Mauna Loa Y Mauna Kea, esta última como pintada de blanco. Era hermosa la isla. Era hermoso el mar. Era hermoso el mundo.

Bueno, todo había salido bien. Es claro que Rice hubiera preferido no llamar la atención de nadie, pero tampoco había necesidad de ser tan exigente con uno mismo, ¿verdad? Trabajó el volante, y se dedicó a encender un cigarrillo. Frente a él, el resplandeciente mar azul, que hacia el norte se desvanecía hacia el infinito. Debían ser las seis de la tarde, es decir, que navegando a aquella velocidad, y aun contando con que se tomara un pequeño descanso nocturno, estaría en Honolulu a las ocho de la mañana.

Lo cierto fue que, a las ocho de aquella misma tarde, es decir, dos horas después de la afortunada fuga de Hilo, y cuando estaba cruzando el Alenuihaha Channel que separaba las islas de Hawaii y Maui, comenzó a oír el rumor del helicóptero.

De momento no le concedió importancia. Había muchos helicópteros prestando servicios de muchas clases en el archipiélago, y multitud de avionetas para vuelos chárter o particulares, y hasta líneas aéreas regulares que enlazaban las localidades más importantes de las islas. Así que la presencia de un helicóptero cruzando el canal de Alenuihaha no tenía importancia alguna.

Simpson Rice se desengañó muy pronto al respecto.

El helicóptero volaba decididamente hacia él, y en su primera pasada por encima de la lancha, voló tan bajo y tan cerca de Rice que pudo ver perfectamente los rostros de los dos hombres que lo ocupaban, dos japoneses. Uno de ellos era completamente calvo y de facciones bellas. El otro era un extraño melenudo, feo, y que al sonreír burlonamente dejó al descubierto un diente de oro que relució como si hubiera almacenado todo el sol del universo, en un brevísimo destello que a Simpson Rice le pareció siniestro.

El helicóptero dejó en el aire esta imagen al seguir su vuelo dejando atrás la lancha. Simpson Rice pudo ver, también brevemente, el dibujo pintado a un lado del fuselaje del helicóptero: una piña preciosa, por entre cuyo penacho verde emergía un círculo rojo... no, un círculo no, una esfera roja. Parecía talmente un sol rojo saliendo por entre las jalmas de un cocotero. Parecía... un sol naciente. Y debajo de la piña las palabras Unamuro Fruits.

De modo que el helicóptero pasó, los dos japoneses dejaron de estar al alcance visual de Simpson Rice, y este, por un instante, pensó que todo habían sido aprensiones suyas y que no tenía nada que temer.

Una vez más se equivocó: el helicóptero tardó bien poco en dar la vuelta y regresar a su encuentro, con el sol a su espalda. Un sol de rojo y veloz atardecer que daba de lleno en los ojos de Rice. Divisó confusamente las siluetas de los dos japoneses tras el plástico de la carlinga. Divisó la belleza de su entorno, el bellissimo mar, la hermosura del salvaje verdor de la isla de Maui al fondo, detrás del helicóptero.

Y de pronto, en el aparato volador divisó, en su frente, los pequeños puntos rojos, y empezó a oír, por encima del rumor de sus motores, por encima del de la lancha, el seco tableteo de dos ametralladoras que él no había visto en parte alguna ni se le había

ocurrido que pudieran existir en ningún rincón de aquel paradisiaco lugar.

Oyó el crujir de la lancha bajo los impactos, sintió en alguna parte de su cuerpo aquellos golpecitos, vio en el aire las rojas salpicaduras de su propia sangre, destellando como recipientes llenos de rojo sol líquido. Por un momento se vio a sí mismo con el pecho reventado a balazos, rodeado de sangre y sol, de mar y cielo.

Luego, el agente Simpson Rice dejó de enterarse de las maldades y picardías de este infame mundo.

CAPÍTULO PRIMERO

El avión procedente de San Francisco aterrizó en el Honolulu International Airport, y los dos hombres que desde la terraza estaban contemplándolo se miraron entre sí, asintieron en silencio y se pusieron en camino hacia las salas de recepción.

Siete u ocho minutos más tarde veían a los dos pasajeros que esperaban. Jamás los habían visto antes, pero los reconocieron enseguida. Cada uno, por sí mismo, era especial: juntos formaban una pareja impresionante.

Él media metro ochenta y cinco, delgado, pero ancho de hombros, fibroso: cabellos castaños, ojos negros, facciones enérgicas, varoniles, con una cierta mueca agresiva. Ella era también muy alta, rubia, de ojos azules, guapísima, elegante, risueña. Elvis North y Alice Westmoreland, la más eficaz pareja de agentes de la Watch Wide World, cuya sigla era W. W. W., es decir, la vigilancia universal.

La impresionante pareja se acercaba a los dos hombres. Llevaban tras ellos un empleado del aeropuerto con su equipaje más bien escaso. La señorita Westmoreland portaba un maletín de mano negro. El señor North, un portafolios. Los dos agentes que aguardaban, empleados en cierto nivel de la W.W.W., reaccionaron cuando los recién llegados viajeros se plantaron ante ellos.

La rubia guapísima dijo:

—Estamos buscando a unos amigos llamados Steve y Arnie... ¿No los habrán visto ustedes por casualidad?

—Yo soy Steve —declaró uno de los sujetos—, y él es Arnie. Ustedes son...

—Marco Antonio y Cleopatra —ironizó la rubia.

—Ya veo que vienen ustedes con mucha gana de guasa —farfulló el llamado Steve—. Y yo diría que no es momento de risa.

—Tal vez tenga usted razón —admitió Alice—, pero todavía no es seguro que Simpson Rice haya muerto, ¿verdad?

—No, no es seguro, pero... En fin, será mejor que vayamos al

coche. Arnie se encargará de su equipaje.

Arnie se las entendió con el mozo, mientras Steve guiaba a Elvis y Alice hacia el estacionamiento y luego hacia el coche, en el cual entraron los tres, ocupando los recién llegados el asiento de atrás, y Steve el asiento ante el volante.

Se volvió a mirarlos, la señorita Westmoreland resumió:

—O sea, que todavía no sabemos nada de él de Rice.

—Todavía no. Lo estamos buscando por todos los medios, pero sin resultado. Francamente, yo creo que está muerto.

—No hablemos de eso hasta que aparezca su cadáver —se aferró a su esperanza Alice.

Steve torció el gesto, desviando la mirada un instante hacia el hermético Elvis North que contemplaba el luminoso paisaje, como si no estuviera oyendo nada, como si ni siquiera estuviese allí. Engañosa apariencia, porque Steve sabía que Elvis North estaba muy atento a todo... Y tal vez por eso miraba hacia el exterior, alrededor del coche.

Arnie terminó de colocar el equipaje de Alice y Elvis en el maletero, ayudado por el mozo, al que pagó sus servicios, y fue a sentarse junto a Steve, que arrancó suavemente, manifestando:

—Conforme a las instrucciones que recibimos les tenemos dispuestas una lancha confortable y veloz, anclada en estos momentos en Yacht Harbor, frente al Ala Moana Park... ¿Conocen Honolulu?

—Desde luego —replicó Alice.

—Sí, claro, bueno, si lo prefieren ustedes podrían ir en avión a Hilo, y nosotros enviaríamos a alguien con nuestra lancha, que podrían recoger allí. Se ahorrarían el viaje de ocho o diez horas por mar.

—Precisamente nos encanta el mar —declaró Alice— Veamos ¿por qué está usted tan seguro de que nuestro compañero Rice está muerto?

—Su lancha está acribillada por impactos de grueso calibre que fueron suficientes para hundirla. Mire, si alguno de esos impactos alcanzaron a Simpson Rice debieron hacerlo papilla, créame. La lancha se hundió, y el cadáver de Rice pudo perderse. Puede estar en cualquier fondo marino... y quizá en el vientre de algunos tiburones.

—Y todo ello mientras vigilaba a un hombre llamado Hamilton Delaney, un norteamericano que está de vacaciones en las Hawaii.

—Sí —asintió hoscamente Steve—. Ahora Delaney está de vacaciones en las Hawaii, pero desde hace poco ha estado viajando con mucha frecuencia a Moscú. Por eso llamó la atención a la W.W.W., considerando que Delaney tiene una industria de material electrónico, y que hasta ahora nunca había comerciado en modo alguno con Rusia. Cuando Delaney salió de Estados Unidos, esta vez hacia las Hawaii, nos pasaron la orden: debíamos vigilarlo estrechamente. Así que empezamos la rueda de turnos. Rice tenía el suyo cuando nos llamó precipitadamente por la radio de bolsillo diciéndonos que se iba en pos de Delaney con la lancha. Hamilton Delaney, inopinadamente, había abordado un yate que se hizo a la mar en el acto. Tal como nos dijo Rice, parecía que el yate hubiese estado esperando a Delaney con los motores en marcha...

—¿Sabe de qué yate se trata?

—Eso es lo que creó todo el problema. Si Rice hubiera podido ver el nombre del yate, simplemente nos habría esperado, y habríamos salido los tres detrás de Delaney. Pero no pudo ver el nombre del yate, de modo que temió perderlo de vista si nos esperaba: corrió hacia el embarcadero, se metió en nuestra lancha, y partió detrás del yate. Nos llamó de nuevo por la radio de bolsillo, diciéndonos que en cuanto viese el nombre del yate nos volvería a llamar para informar. Pero, evidentemente, cuando pudo ver el nombre del yate, su radio ya no alcanzaba para el contacto, así que continuó navegando detrás del yate mientras nosotros quedábamos desconectados.

—Pero él volvió a llamarles.

—Sí, unas diez horas después, desde el Hilo. Nos dijo que estaba allí, vigilando el yate, cuyo nombre era *Red Sun*, y al cual iban acudiendo gentes a las que estaba fotografiando. Quedamos en que nos veríamos allí, y nosotros dos tomamos uno de los helicópteros y fuimos al Hilo. No encontramos a Rice en el embarcadero, ni vimos nuestra lancha, ni encontramos rastro alguno del yate *Red Sun*... de modo que empezamos a investigar, y movilizamos al personal auxiliar de la W.W.W. en las islas.

—¿Cuántos tenemos?

—Nueve, pero no son precisamente unos lince. Bueno, aquí se

vive demasiado bien, ¿comprende?

—Sin embargo, encontraron la lancha.

—Ah, sí. Nos avisaron de que la habían visto en el fondo del mar, en el canal de Alenuihaha. Naturalmente, concentramos allá todo el personal, y dos de los auxiliares expertos en buceo bajaron a examinar la lancha. Temíamos que encontrarían a Rice allá, ahogado, pero no estaba, ni apareció en parte alguna. La lancha había sido acribillada, eso estaba claro: tan claro como que Rice debía estar siguiendo de nuevo el yate y desde este le dispararon con una ametralladora, según creemos. Pasamos aviso al mando de aquí, y este llamó a Estados Unidos, desde donde avisaron que ustedes venían a tomar el mando del caso. Así que no hemos hecho nada, salvo prepararles el material a ustedes.

—Bien. Pero si sabrán, al menos, a quién pertenece el yate llamado Red Sun.

—A Masao Unamuro, el presidente y propietario prácticamente único de la Unamuro Fruits.

—¿Es un personaje conocido en las islas?

—¡Ufff! Digamos que es supermultimillonario. Tiene la nacionalidad norteamericana, y posee unas plantaciones de caña, azúcar y otras frutas que son modélicas. También posee fábricas de envasado, sistema propio de transportes... ¡Yo que sé! Decir Unamuro es decir frutas tropicales. Exporta a Australia, Europa, América... ¡Demonios, yo creo que este tipo tiene más dinero que la Casa de la Moneda!

—Y parece que es amigo de Hamilton Delaney, ¿no?

—Bueno, si Delaney fue recogido en su yate cabe suponer que son amigos, desde luego.

—Y Hamilton Delaney lleva tiempo haciendo frecuentes viajes a Moscú cuya finalidad no ha sido determinada.

—Así es.

—¿Qué hay de las fotografías que estuvo tomando Rice? —preguntó de pronto Elvis North.

—También han desaparecido.

—Ya. ¿Y que hace mientras tanto el señor Masao Unamuro, el propietario del yate también desaparecido?

—Nada especial. Sigue ocupándose de sus asuntos, de sus negocios de la Unamuro Fruits. Todo normal.

—¿Cabe la posibilidad de que su yate haya sido utilizado sin su conocimiento y consentimiento? —preguntó Alice.

—Bueno, supongo que sí. Es un hombre muy ocupado, tiene secretarios y secretarias, viaja mucho a Estados Unidos y de una a otra de las islas de Hawaii para atender sus plantaciones... Realmente es imposible que una sola persona pueda controlar las posesiones y negocios de Unamuro. Sí, cabe la posibilidad de que hayan utilizado su yate sin él saberlo, como podrían utilizar cualquiera de sus vehículos de tierra, mar o aire.

—Caray —exclamó graciosamente Alice, ¡parece que en efecto el señor Unamuro es muy rico! ¿Qué clase de vida lleva?

—Pues... yo diría que normal. Tiene una villa magnífica en una planicie cerca de sus plantaciones de piña... en uno de los lugares más hermosos del mundo: se ve el Mauna Kea nevado, el mar, plantaciones, selva. Tiene allá piscinas, campo de tenis, campo de golf, campo de tiro... Hay flores por todas partes, especialmente hibiscos, y una plantación especial de *lehua*, que es la flor representativa de la isla de Hawaii... Dispone de coches, lanchas, helicópteros, avionetas... Cuenta con personal especializado que vigila su villa a fin de no ser molestado, y de cuando en cuando, organiza una fiesta para sus amigos o clientes o distribuidores continentales de sus productos... Precisamente parece que ahora están preparando una de esas fiestas. Bueno, diantres, vivir en ese lugar tiene que ser algo así como disfrutar del paraíso, de veras.

—No cabe duda de que el señor Unamuro es uno de los seres privilegiados de esta vida —murmuró Alice—. Y seguramente debe de tener muchos amigos en todas partes. ¿Está casado, tiene hijos, familia...?

—No, no. Soltero. Sin hijos, sin familia. Está solo, al menos que se sepa, ya me entiende.

—¡No será homosexual!

—No creo, pues se dice que de vez en cuando se hace llevar un montón de chicas a su casa.

—Caramba, un montón de chicas. ¿Qué edad nene?

—Alrededor de cincuenta años. Ya es mayor.

—¿Mayor? Qué va, qué va... ¡Pero si empieza ahora a disfrutar de la vida!

—¿De veras? ¿Eso cree usted?

—Seguro que sí. A los cincuenta años es cuando se les encuentra verdadero sabor y gusto a las cosas y se sabe valorar a las personas.

—Bueno —movió la cabeza Steve—, de todos modos, yo prefiero tener treinta años y no cincuenta.

—Y yo también —rio Alice.

—¿Qué dase de fotografías tomó Rice? —insistió Elvis, que, al parecer, le daba mucha importancia al tema—. ¿Microfotos?

—No, no. Todos creemos que Rice debió tomar las fotografías con la cámara que teníamos en la lancha; precisamente una cámara especial, hermética, capaz de todo, incluso de trabajar bajo el agua. Y disponíamos además de teleobjetivo. Pero ni la cámara ni el teleobjetivo han sido hallados en la lancha hundida, está claro que el mar se lo llevó todo... como se llevó al propio Rice.

—¿Tenemos equipo para bucear en nuestra lancha?

—No, no señor. Bueno, como nosotros ya...

—Queremos dos equipos para bucear —cortó Elvis—. Y un mapa muy detallado de la zona donde se hundió la lancha, y el lugar exacto donde se hundió esta.

—Sí, señor. Si les parece lo pediré todo por radio ahora mismo de modo que ahorraremos tiempo.

—Hágalo.

—Supongo —inquirió Alice— que sí tenemos fotografías del señor Unamuro.

—Sí, claro. Y un informe más completo sobre él y sus relaciones. Por cierto, que el mando considera que hemos de tratar con mucho tacto este asunto, por si el señor Unamuro no tuviera nada que ocultar, que es lo que todos creemos. A fin de cuentas, no se le puede culpar si alguien ha utilizado su yate para algo delictivo que él ignore.

—Claro —lo miró amablemente Alice—. Bien, veremos ese informe del señor Unamuro, y tomaremos decisiones y posiciones. Y quede tranquilo; hasta ahora, la W.W.W. nunca ha tenido quejas de cómo tratamos Elvis y yo a las personas que por un motivo u otro atraen nuestra atención.

—No he pretendido decir eso ni mucho menos —respingó Steve.

—Ah —sonrió Alice—. Ya me extrañaba, porque todos en la W.W.W. saben muy bien que cuando hay algo que requiere tacto, delicadeza, inteligencia y astucia nadie mejor para atender el

asunto que Elvis y Alice.

* * *

El señor Unamuro, en efecto, tenía muchas y buenas amistades: era un hombre conocido sobre todo en Estados Unidos, y, hasta la fecha, todo en él y en sus negocios era diáfano y honesto. Resultaba, además, un hombre sumamente agradable de aspecto, pulcro, sonriente, cordial, atractivo. Al menos así parecía en las varias fotografías en colores incluidas en el informe completo.

En cuanto a Hamilton Delaney, el norteamericano que con tanta frecuencia viajaba a Moscú y que últimamente había abordado el yate *Red Sun* desapareciendo con este, también era un hombre muy rico, pero en absoluto relacionado con el negocio de la fruta, por lo que se podía pensar que no tenía ninguna clase de relación con Masao Unamuro, y que su presencia en el yate de este precisamente era desconocida para el propio Unamuro. Es decir, que se podía admitir que el propio Unamuro no supiera que alguien, sin duda alguno de sus más altos empleados, estaba utilizando el yate *Red Sun* para...

¿Para qué?

Hamilton Delaney tenía una próspera industria de instrumentos electrónicos en Estados Unidos, y no parecía que esto tuviera relación de ninguna clase con frutas tropicales.

Así pues, el interrogante final se construyó sobre esta frase: ¿dónde estaba el yate *Red Sun*... y qué estaban tramando Hamilton Delaney y las personas que se habían reunido a bordo de él? ¿Tenían algo que ver los frecuentes viajes de Delaney a Moscú con lo que estaba sucediendo ahora?

Elvis y Alice contemplaban la fotografía de Hamilton Delaney: este tenía también alrededor de cincuenta años, era pelirrojo, y llevaba gafas de gruesos cristales. Su cara ancha, llena, fuerte, casi feroz, aparecía llena de pecas. Era un gigantón saludable, un hércules con vello como pelusa de zanahoria...

En la cubierta de la lancha en la que se habían instalado Elvis y Alice se oyeron pisadas, y algunas voces. Arnie entró en la cabina.

—Acaban de llegar sus equipos de bucear —informó.

—Gracias. Den la orden para que despejen la zona donde se

hundió la lancha en la que viajaba Rice. Iremos Elvis y yo a echar un vistazo, y por si alguien nos ve será mejor que cuando menos tenga la duda de si tenemos o no algo que ver con el grupo de ustedes.

—¿Retiramos a todos los auxiliares de la zona? —preguntó Steve.

—No, pero manténganlos alejados de nosotros, y no intervengan si no se lo pedimos. Para ello utilizaremos o bien nuestras radios de bolsillo o la de la lancha, de mucho mayor alcance... Entiendo que es un radioteléfono.

—Sí.

—Entonces deberemos tener cuidado con lo que decimos... o cómo lo decimos. ¿De acuerdo?

—Desde luego.

—Y si encuentran el yate *Red Sun* —intervino Elvis— ni se les ocurra acercarse a él. Avísennos a nosotros, y ya veremos qué se hace. Quiero decir con esto que ustedes deben continuar buscando el yate, naturalmente.

—Entiendo, ¿algo más?

—No.

—¿Cuándo zarpan?

—Ya veremos.

—Lo seguro —sonrió Alice— es que nosotros nunca perdemos el tiempo, Steve. No hace falta que nadie nos dé prisa.

—¡Demonios, usted es muy quisquillosa!

—Claro que no. Soy de lo más comprensiva y simpática. ¿No es cierto, mi amor?

—Sí —admitió Elvis North—, pero solo cuando está entre amigos. Sugiero: ¿qué tal si cada uno se ocupa de sus asuntos?

CAPÍTULO II

Habían zarpado de Honolulu aquella misma tarde, los dos solos en la hermosa y poderosa lancha, con la que, efectuando un viaje romántico y encantador, habían llegado a su destino hacia las dos de la madrugada. Su destino era Kailio Point, en la isla de Maui, en una de cuyas diminutas calas de aguas tranquilas anclaron la lancha, para pasar la noche. De las dos a las tres de la madrugada hicieron el amor en la cubierta de la lancha, a la luz de la luna de color naranja. De tres a ocho durmieron en el interior de la lancha. A las ocho, simplemente Elvis North despertó, recogió el anclote y puso la lancha en marcha por el Alenuihaha Channel en dirección a la isla de Hawaii que se divisaba en la distancia ruinosa. Alice Westmoreland, bellísima con su cabellera rubia, apareció en cubierta poco después, con el mapa y café.

A las ocho y media quedó demostrado que el mapa era perfecto, pues en el lugar exacto indicado encontraron la lancha bajo el agua, a unos ocho o nueve metros de profundidad. No era fácil verla navegando, a menos que se dispusiera de un mapa y se supiera que allí había una lancha hundida, pero debía ser bastante fácil verla desde arriba, es decir, desde un helicóptero o una avioneta, que debía ser como la habían encontrado los auxiliares de la W.W.W.

—Qué lugar tan hermoso —murmuró Alice Westmoreland—. Es grandioso y salvaje.

—Lo que te pasa a ti es que amas el mar.

—A ti también te amo.

—Sí, pero no me encuentras grandioso.

—Pero salvaje sí —rio ella—. En serio, mi amor: ¿no te produce una impresión muy profunda este lugar? Algo así... como si estuviésemos en el principio de los tiempos, en los orígenes de la vida.

—Ya. Sí, el mar, las islas verdes, el cielo resplandeciente... pero en cualquier momento te pasará por encima un *jet* con su horroroso ruido, o verás pasar un yate lleno de imbéciles ataviados con

camisas floreadas, y comprenderás que la Tierra ya no es un paraíso. Ni siquiera este lugar.

—¿Tenias necesidad de decir todo eso? ¿Por qué eres tan antipático?

—Es que no quiero que olvides que si estamos en este «paradisiaco» lugar es porque alguien hundió a ráfagas de ametralladora una lancha en la que viajaba un hombre al que posiblemente también acribillaron. Y eso me hace pensar en la conveniencia de que mientras yo bajo a ver si encuentro algo, tú te quedes aquí arriba vigilando. ¿De acuerdo?

—No —rechazó la bellísima rubia—. Yo también quiero bajar. Sabes perfectamente que me encanta bucear.

—Como quieras. Vamos a ponernos los equipos.

Diez minutos más tarde, ayudándose uno al otro, estaban debidamente equipados para la inmersión. Se arrojaron al agua, se ajustaron los lentes, se colocaron la boquilla del tubo del aire, y se sumergieron. La lancha se veía perfectamente. La luz del sol parecía convertirse en polvo de oro suspendido en las transparentes aguas.

El fondo era arenoso y la lancha se había sumergido unos centímetros de costado en la arena; con el tiempo seguramente iría quedando cubierta. Algunos pequeños peces de bellos colores huyeron apresuradamente ante la presencia del más temido de los seres del planeta Tierra: el humano. Había bajo las aguas como una resonancia de arena, de lejanas profundidades tenebrosas, de abismos terribles. A cierta distancia se perfiló la silueta de un tiburón de unos dos metros de envergadura, y Alice se lo señaló a Elvis, que encogió los hombros. Seguramente el tiburón no se atrevería a atacarlos, pero si lo hacía peor para él.

Durante los diez primeros minutos estuvieron registrando la lancha, entrando y saliendo de la cabina, siempre ayudándose mutuamente en pequeñas cosas: pequeñas pero convenientes, pues un descuido podía dar lugar a la rotura del tubo de aire o cualquier otro accidente que podía resultar, como mínimo, muy desagradable. El tiburón ya no estaba a la vista. Dentro de la lancha encontraron algunas cosas que habían permanecido allí: una cafetera, algunos platos, una linterna, unos pocos libros, dos paquetes de cigarrillos... Pero ni rastro de la cámara fotográfica ni del teleobjetivo. Finalmente tuvieron que comprender que no iban a encontrar la

cámara, de modo que desistieron de buscarla dentro de la lancha.

Pero... ¿podía estar fuera? En la lancha, efectivamente, se veían los impactos de las balas que la habían hundido. Podía ser que los agresores, después de hundir la lancha, bajaran en busca de la cámara fotográfica, pero si no había sido así, la cámara fotográfica se había hundido en el mismo sitio que la lancha por lo que no podía estar muy lejos, aunque estuviese más o menos oculta por la arena.

Con esta remota esperanza se dedicaron a nadar alrededor de la lancha descubriendo círculos cada vez más amplios, escrutando el fondo arenoso. Ahora tenían cerca dos tiburones, lo que les hacía suponer que el primero había ido en busca de ayuda, así que la cosa comenzaba a ponerse fea. Sobre todo, porque, a medida que iban descubriendo círculos más y más amplios, los tiburones se acercaban a su vez. Alice divisó finalmente los ojos de uno de ellos, negros y tenebrosos como una noche muerta, y no pudo evitar un repeluzno; tocó a Elvis, señaló hacia la superficie, y él asintió.

Un minuto más tarde, ambos estaban en la cubierta de su lancha, a pleno sol, y Alice soltó un fuerte suspiro de alivio.

—Cielos, ¡qué mirada tan espantosa! —exclamó.

—¿La mía?

—¡La de ese tiburón! —rió la rubia.

—Será mejor que no nos arriesguemos más —asintió Elvis—. Pero todavía quisiera echar un último vistazo. Desde luego cabe pensar que si el mar se llevó el cadáver de Rice bien pudo llevarse una cámara fotográfica, pero hay un sitio en el que no hemos mirado.

—Debajo de la lancha —apuntó Alice.

—Exacto. Voy a bajar a mirar ahí y con eso terminamos.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—Pero te acompaño. Entre los dos podremos mover más fácilmente la lancha, y si los tiburones atacan podremos hacerles frente con más probabilidades.

Descansaron cinco minutos y volvieron a sumergirse. Ahora había cuatro tiburones en las proximidades, moviéndose con lentos y señoriales golpes de cola. No podía ser más evidente el buen olfato de los escualos, ciertamente.

Ni se podía discutir el buenísimo olfato de Elvis y de Alice, porque encontraron la cámara fotográfica, con el teleobjetivo.

* * *

—De modo que estaba bajo la lancha —masculló Steve.

—Ya ve qué cosas —le sonrió amablemente Alice—. Pero bueno, no se lo tome así. Simplemente, procedan a revelar el rollo de fotografías... si es que realmente la cámara es hermética y pueden aprovecharse.

—Y otra cosa —pidió Elvis—. Procúrenos repelente para tiburones.

—Les aseguro que no es tan fácil ver tiburones. Más aún: resulta sorprendente que ustedes hayan visto tantos.

—Es que somos muy exóticos —bromeó Alice—. ¡Siempre nos pasan unas cosas más raras...!

—Les traeré las fotos lo más pronto posible.

—Aquí le esperamos.

Steve se dirigió hacia la salida del camarín de la lancha, pero se volvió de pronto.

—¿Saben qué pienso? —murmuró—. Que los tiburones estaban allí por algo concreto.

—¿Por ejemplo? —alzó las cejas Alice.

—Tal vez anteriormente habían encontrado comida en la lancha, o cerca de ella, y van volviendo de vez en cuando esperando encontrar más.

Se quedaron mirándolo fijamente. No se podía decir con más claridad que el cuerpo de Simpson Rice había sido devorado por uno o más tiburones. Si Rice se había hundido herido, sangrando, los tiburones habrían olido la sangre desde mucha distancia, y habrían acudido rápidamente. De súbito todos tuvieron la certeza de que el cadáver de Simpson Rice jamás sería encontrado.

—Está bien —murmuró Alice, un poco pálida—. Eso coloca en una posición aún más difícil a la persona que mató a Rice.

—Les hemos dejado un coche ahí fuera, por si quieren dar un paseo mientras revelamos las fotografías. Hasta luego.

Elvis y Alice quedaron solos en el interior de la lancha. Él propuso:

—Lo de dar un paseo me parece una buena idea... Siempre será mejor que quedarse aquí pensando lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando?

—En varios tiburones dándose un banquete con el cuerpo de Rice. Tú sabes que estas cosas pasan, que cuando se trabaja en lo nuestro pueden ocurrir eso y hasta cosas peores, sabes que con más o menos dolor puedes morir en cualquier momento. Rice también lo sabía, y entró en el juego. Lamentemos su muerte, pero vivamos nuestra vida.

Alice Westmoreland suspiró y se acercó a Elvis, y tras colgarse de su cuello le besó en la boca.

—Tienes razón —murmuró—. Debemos seguir viviendo nuestra vida. En ocasiones pienso que cada día me vuelvo más y más dura.

—No —rechazó él—: simplemente a cada instante que vives le das más valor a la vida, pero comprendes que cuando esta termina, lo demás resulta superfluo. Hay quién cree que lo que tiene o lo que es le durara después de muerto.

—¿Se puede ser tan tonto? —rio quedamente Alice.

—Y más. Vamos a dar ese paseo.

Desde Hilo se puede llegar al noroeste de la isla de Hawaii por una carretera llamada Saddle que en su mayor parte discurre junto al mar, y desde la cual se ven hermosísimas playas, acantilados, localidades pintorescas como Papaikou, Onomea, Papaaloa, Kukaiau... Pero, sobre todo, mirando hacia el sur de la isla, se divisa el enorme, impresionante, hermoso Mauna Kea, el volcán de la cúpula blanca por la que se deslizan los esquiadores por el insólito paraje que parece tocar el cielo de un azul refulgente. Grietas impresionantes parecen acuchillar la ladera de la «montaña blanca»... que puede despertar en cualquier momento, lanzando miles de toneladas de lava hirviente... o pasarse dormido el resto de su vida, o rugir transcurridos sesenta mil años, que son los que lleva dormido su compañero, el Kohala. A lo largo de Saddle Road había playas blancas festoneadas de olas que llegaban en sucesivas montañas de espuma, y también acantilados inmensos que nadan en la ladera de Mauna Kea, la montaña más alta de las Hawaii, con sus cuatro mil doscientos y pico de metros. El sol lo convertía todo en un torbellino de colores cegadores, de energía, de vida.

Después de Paahuau la carretera se alejaba de la costa,

discurriendo hacia el interior de su trazado hacia Upolu Point. Hermosos bosques, palmeras, plantaciones... pero ya no se veía el mar. Elvis North ni siquiera precisó consultar a Alice Westmoreland al respecto: emprendieron el regreso a Hilo. Aquí, tras un corto paseo por Kamchamca Avenue, llegaron al embarcadero, donde ya les estaban aguardando con las fotografías reveladas. Alice se hizo cargo del sobre que portaba Steve, y los tres entraron en la lancha.

Inmediatamente Elvis y Alice procedieron a mirar las fotografías que, al parecer, había tomado Simpson Rice con teleobjetivo. Efectivamente, en ellas aparecía el yate *Red Sun*, y se veía en cubierta un par de veces a Hamilton Delaney, recibiendo a otras personas. Había unas chicas muy bonitas, un par de chicos, un hombre de raza polinesia, tres japoneses, tres blancos... Y los personajes a los que Delaney recibía dándoles la mano: uno era un chino; otro un gigante de gris pelambreira y rostro sólido de espesas cejas.

—A esto se llama trabajar bien —murmuró Elvis, señalando las fotografías.

—Sí, pero a Rice le costó caro.

—Hay quién muere estúpidamente —comentó Alice—. Vive como un estúpido y muere estúpidamente. Quizá Rice haya muerto por algo que valga la pena en algún sentido.

—No dejaría de ser un consuelo —admitió Steve.

—¿Alguno de estos hombres es conocido por algo en alguna parte? —preguntó Elvis.

—No hemos tenido tiempo de investigarlos. De momento no tenemos ni siquiera idea de quiénes son... Un momento.

Había sonado una llamada en la radio de bolsillo de Steve, que la atendió inmediatamente. Elvis y Alice oyeron perfectamente la conversación, y su sorpresa fue tanta como la de Steve, aunque la manifestaron menos: el yate *Red Sun* había sido hallado. Es más, sin dificultad alguna, y en aquellos momentos estaba a punto de anclar en el embarcadero del Club de Yates de Hilo. La comunicación terminó. Alice opinó:

—Lástima que hayan decidido regresar a Hilo: habría sido mucho más interesante encontrarlos nosotros, pues así habríamos sabido dónde han estado y qué han hecho.

—Han debido de estar escondidos en alguna parte.

—Seguramente. Y eso es lo que me gustaría saber: dónde y qué han estado haciendo.

—En cualquier caso —intervino Elvis— también podría ser interesante lo que hagan a partir de ahora. Yo diría que todas estas personas que aparecen en las fotografías, solo dos le importan a Hamilton Delaney, los que estrechan su mano: el chino elegante y el gigante de cabellos grises. ¿No habría modo de que nos enterásemos de quiénes son?

—Eso implica el riesgo de ser detectados —apuntó Steve—, pero bueno, habrá que correrlo.

—Este hombre —señaló Alice al gigante de los cabellos grises que aparecía en las fotografías— parece ruso.

—¿En qué lo parece? —se pasmó Steve.

—En todo, pero especialmente en sus facciones anchas y sólidas... Son las facciones que suelen llamarse esclavas. Yo diría que es ruso. Conozco muy bien a los rusos. Y si es ruso se está produciendo una... relación bastante curiosa: Masao Unamuro, japonés: Hamilton Delaney, norteamericano... ahora un ruso y un chino.

—Hay más personas en las fotografías.

—No tienen importancia. Los que importan son los que Delaney recibe: el chino y el ruso. Y no tenemos por qué sorprendernos tanto de que un ruso se reúna con Delaney: ¿acaso él no ha estado haciendo frecuentes viajes a Moscú?

—Pero no a China.

—Tal vez de las relaciones con el chino se haya encargado el propio señor Unamuro —sugirió Alice—. La pregunta es: ¿que puede estar tramando un japonés, aunque sea yanqui, un ruso, un norteamericano y un chino? Y tienen que estar tramando algo, de otro modo a Rice no le hubieran matado solo por tomar unas fotografías, cosa que podía hacer un simple fotógrafo, quiero decir un fotógrafo periodista, se entiende. Y ya que hablamos de periodistas... ¡se me acaba de ocurrir una idea estupenda!

—Oh, no —protestó Elvis North—. ¡Nada de eso!

—¿Por qué no? —sonrió Alice.

—¿De qué están hablando? —inquirió Steve.

—Acabo de tener una de mis magnificas ideas —manifestó ella—: ustedes se dedican a hacer averiguaciones sobre los personajes

del yate y yo voy a visitar al señor Unamuro en su villa.

—Nada de eso —aseguró Elvis—. Unamuro recelará algo.

—Vaya —le miró burlonamente Alice—. ¡No me digas que crees que no sabré hacer el papel de periodista!

—Sí, eso sí —masculló Elvis—, pero después de lo de Rice cualquier cosa poco corriente provocará la desconfianza de ese hombre. Además, ¿con qué pretexto habrías de hacerle una entrevista periodística? Todo cuanto se puede decir de Masao Unamuro y la Unamuro Fruits es ya del dominio público hace años. ¿No es cierto, Steve?

—Desde luego —asintió este—. Perdonen otra vez.

Atendió la nueva llamada que se producía en su radio de bolsillo. Su compañero informó esta vez que, en efecto, el yate *Red Sun* había anclado, y que desembarcaron varias personas destacando entre ellas el señor Hamilton Delaney, a quien acompañaban un chino de mediana edad, elegantemente vestido, y un gigante de gran cabellera gris y facciones enérgicas. Estos tres personajes se habían metido en un coche que conducía un japonés. Otro coche había recogido a dos chicas y dos hombres blancos que también habían desembarcado del *Red Sun*. Los dos vehículos circulaban en aquel momento por Wamca Seaside hacia el norte.

—Que los sigan, naturalmente —dispuso Elvis North.

La información llegó casi media hora más tarde, cuando estaba oscureciendo, pasando por un tono tan rojo que parecía que el cielo se hubiera incendiado: los dos automóviles perseguidos habían circulado hacia el norte hasta llegar a Papaikou, lugar donde habían girado hacia el oeste por la carretera secundaria que circulaba paralelamente al Papaikou River, uno de los muchos que descendían del Mauna Kea.

—¿Qué hay por esa zona? —preguntó Alice.

—La villa de Masao Unamuro.

CAPÍTULO III

Era sencilla y absolutamente fascinante.

Para llegar a las verjas que cerraban el acceso directo a la lujosa villa había que cruzar antes por amplias terrazas, convertidas en plantaciones de taro, café, piña, y, más arriba, la caña de azúcar. La carretera privada discurría entre plantaciones y montañas, y terminaba frente a la villa. Ubicada en una de las grandes terrazas convertida no en un campo de cultivos, sino en un enorme jardín que se perdía por un lado hacia las laderas del Mauna Kea y por otro en el acantilado, a cuyo pie se extendían las grandes plantaciones de taro, y más allá, el mar de un azul que resplandecía cegadoramente en la soleada mañana.

Era todo tan hermoso y espectacular que realmente la señorita Westmoreland se sentía impresionada. Sobre todo, cuando llegó a la última terraza, donde estaba la villa, la vivienda privada, los jardines, el campo de golf, las pistas de tenis, las piscinas, la hermosa casa que se divisaba por entre grandes arbustos de hibisco y el tono escarlata de los pétalos de la *ohia lehua*, contrastando con verdes que parecían reflejos de esmeraldas.

Cerca de las verjas, que terminaban por la derecha en el acantilado, había una casita típica con el techado de ramas, de la cual salieron dos bellas jóvenes sonrientes ataviadas con *muumuus*, las envolventes telas de florido y vistoso estampado; la otra era una japonesa menudita, muy bella y graciosa y fue la que habló con Alice, en perfecto inglés:

—¿Es usted la señorita Westmoreland?

—Sí —asintió Alice, sacando la cabeza por la ventanilla del coche.

—Le están esperando en la casa. Por favor, siga el sendero rojo, no se desoriente.

—Espero conseguirlo —sonrió divertida Alice.

Las verjas fueron abiertas por las bellas muchachas, y cerradas cuando ya Alice hubo pasado hacia la casa. El sendero rojo era fácil

de identificar, pues prácticamente era un túnel formado por los grandes arbustos de hibiscos que proporcionaban una sombra deliciosa. El aire olía a tibio y flores. Y esto era algo que siempre había sorprendido muchísimo a la señorita Westmoreland, que a lo largo de su vida se las había visto con seres de las más diversas y peligrosa cataduras: ¿cómo podía alguien dedicarse a hacer cosas malas en un lugar como la Tierra?

El sendero rojo terminó en una gran explanada ajardinada frente a la casa, que era grande, blanca, de persianas verdes y toldos listados en verde y blanco. Era sencillamente encantadora. El aire era limpio, había en él fragancias de flores y de tierra caliente. Bastante cerca de la casa se veía la piscina y sus parasoles, asimismo listados en blanco y verde.

Frente a la entrada de la casa aguardaba un joven japonés de sorprendente belleza delicada y vestido impecablemente a la americana, con corbata incluida. Parecía tan frágil como las flores de hibisco, pero Alice captó perfectamente la anchura de sus hombros y la seguridad de sus movimientos. No sería ella quien se fiara de la aparente fragilidad de aquel muchacho, que muy bien podía ser cinturón negro de karate o de judo... o ambas cosas.

—Sea bienvenida, señorita Westmoreland —la saludó, en inglés perfecto—. El señor Unamuro le ruega que le dispense unos minutos, pues está atendiendo sus conferencias matinales con Estados Unidos. He tenido el placer de ser destinado para atenderla a usted mientras tanto. ¿Desea tomar café, mientras tanto? Café especial, de nuestra propia plantación... Sin duda sabe usted que el café es una especialidad de los japoneses en estas islas.

—Pues no —rio abiertamente Alice—, ¡no lo sabía!

—¿De veras? Bueno, pronto podrá comprobar usted nuestra calidad excepcional. Es claro que la Unamuro Fruits dispone de muchos productos, pero el café, aunque no es el más rentable, es el más logrado.

—¿Y cómo lo consiguen?

—Me temo que hay pequeños secretos que hay que mantener celosamente guardados. Permítame presentarme: soy Takashi Ichiro, tercer secretario del señor Unamuro.

—Ah... Tercer secretario. ¿Y quiénes son el primero y el segundo?

—Tal vez tenga usted oportunidad de conocerlos. Entre, por favor, tomaremos café. ¿Desea alguna cosa más? Quizá no haya usted desayunado...

—He desayunado, pero tomaré café.

Entraron en la casa. El vestíbulo debía tener menos de ochenta metros cuadrados; prácticamente carecía de mobiliario, y era poco menos que una prolongación del jardín exterior, salvo algunos cuadros de estilizadas dibujos y temas florales exquisitamente expuestos. Una amplia escalinata de blancura inmaculada subía hacia el piso superior, donde había dieciséis dormitorios con sus correspondientes cuartos de baño. En el techo había cuatro arañas medianas, de finísimo cristal, bien distribuidas para que su luz se repartiera a la perfección por todo el vestíbulo. Había un pasillo amplio al fondo de este. Puertas a derecha e izquierda. Grandes ventanales junto a la puerta, por lo que ahora entraba el resplandor de sol.

—Santo cielo —murmuró Alice.

—Es un lugar delicado y agradable, ¿no es cierto? —sonrió Ichiro.

—Es... diferente de los muchos que he visto.

—En efecto, el señor Unamuro detesta los artificios. Todo a su alrededor tiene que ser sencillo, pero bello. Aunque bien se podría decir que todo lo sencillo es bello, ¿no está usted de acuerdo, señorita Westmoreland?

—Bueno, digamos que también la sencillez puede ofrecer mucha belleza.

Takashi Ichiro frunció el ceño, meditó, y terminó por asentir, sonriendo.

—Sus palabras acaban de abrir nuevas perspectivas ante mí, y se lo agradezco. ¿Para qué periódico dijo usted que trabaja?

—No es un periódico, sino una revista. La News Women de Nueva York. Hace poco que ha sido fundada. Quiero decir —sonrió— que posiblemente al señor Unamuro no le merecerá tanto interés como la Time, por citar alguna conocida.

—¿Interés... en qué sentido? Porque si hemos de serle francos, señorita Westmoreland, todavía no hemos entendido qué es lo que desea usted concretamente.

—Un reportaje interesante, exótico e inteligente.

—Caramba —sonrió Ichiro—. ¡Caramba!

Casi rieron los dos. Entraron en un salón que podía considerarse de estrechas dimensiones, pues solo tenía cincuenta metros cuadrados, y cuyo estilo seguía las líneas de sencillez que impregnaban por todas partes. Había un elegante mostrador en el que, con sorprendente y simpática habilidad, el joven japonés preparó dos cafés en cuestión de segundos, en una modernísima máquina. El aroma era excelente, y cuando Alice, tras sentarse, probó el café, aprobó sinceramente su calidad. Había un gran ventanal, velado apenas por unos cortinajes blanquísimos que flotaban hacia la terraza desde la cual llegaba una leve brisa suave y sorprendentemente fresca, que desconcertó a Alice.

—Es un aliento blanco del Mauna Kea —explicó el sagaz Ichiro—. La nieve respira y nos envía su frescor para aliviarnos del calor de la tierra, todo es tan armónico que no debería sorprendernos en absoluto. Naturalmente, esta terraza está orientada hacia el volcán. ¿Lo ha visitado usted?

—No... Todavía no. Pero si he visitado el Fujiyama.

—¿De veras? —se sorprendió gratamente Ichiro—. Bien, entiendo que es usted una persona que viaja con frecuencia.

—Bastante.

—A mí me encanta viajar —Ichiro se sentó frente a ella, ofreciéndole cigarrillos—. ¿Qué lugar del mundo le parece a usted más... interesante?

—¿Interesante? Todos.

—Ah. ¿Y el más... exótico, por ejemplo?

—Las islas Galápagos.

Hubo un instante de desconcierto en la expresión del joven Ichiro que enseguida se echó a reír. La conversación se fue hilvanando rápidamente, con soltura. Takashi Ichiro lo estaba pasando estupendamente, de cuando en cuando y al parecer sin darse cuenta, respondía a alguna pregunta un tanto indiscreta de la señorita Westmoreland.

Hasta que la doble puerta del salón se abrió, y entró Masao Unamuro.

Resultaba más señorial y atractivo que en las fotografías. Vestía un traje impecable, de corte elegante y moderno. Nada más lejos que un japonés exótico y con kimono que el señor Unamuro que

tras las presentaciones hechas por su tercer secretario inquirió:

—¿Que desea usted exactamente de mí?

No era seco ni descortés. Era práctico. Su tiempo era oro, eso resultaba evidente. Y la señorita Westmoreland decidió no andarse por las ramas.

—Desearía conseguir un largo, interesante, inteligente y completo reportaje sobre usted y sus negocios, señor Unamuro. Mi revista acaba de aparecer en el mercado, y estamos buscando artículos de alto nivel... y anunciantes de alto nivel.

—Ah, ya —pareció endurecerse la expresión del atractivo y maduro japonés—. Usted pretende que la Unamuro Fruits contrate parte de su publicidad internacional con su revista.

El joven Ichiro estaba pasmado, pero la señorita Westmoreland sonrió encantadoramente, como disculpándose por la osadía que, sin duda, había sorprendido a Ichiro.

—Bueno, nos gustaría mucho conseguir algo de publicidad de la Unamuro Fruits, francamente. Es una firma de primera línea en el mercado de la alimentación.

—Tengo ya contratados todos mis programas publicitarios.

—Es de suponer. Sin embargo, me permito recordarle que mi revista va destinada exclusivamente a la mujer. Y, señor Unamuro, todavía quien compra con más frecuencia los alimentos de una casa es la mujer.

Takashi Ichiro estaba que si le soplan en el pecho lo tiran de espaldas. Unamuro observaba con ceñuda atención reconcentrada a su bellísima visitante. De pronto, sonrió ampliamente, y pareció entonces más joven y todavía más agradable.

—Cuando menos está claro que su revista sabe escoger a su personal —aseguró—. Bien, la pondré en contacto con la persona de mi plantilla que la pondrá al corriente en ese sentido. Quizá lleguemos a un acuerdo. ¿Algo más?

—¡Naturalmente! De verdad, yo no he venido aquí solo a conseguir publicidad que nos proporcione ingresos a la revista, sino también un reportaje interesante a nuestras lectoras, que las... fascine. Me gustaría conocerle a usted un poco en lo personal, señor Unamuro, y publicar algunas fotografías de esta casa, sus jardines... Incluso tengo entendido que suele usted dar unas fiestas muy agradables. ¿Podría yo tal vez cubrir la información periodística

sobre algunas de ellas?

—Tengo la impresión de que usted se ha enterado de que en breve vamos a tener una de esas fiestas aquí, señorita Westmoreland.

—¿De veras? —exclamó Alice—. No, no sabía nada... Pero me gustaría muchísimo hacer un reportaje de ella para las lectoras de nuestra revista. ¿Me autoriza usted, señor Unamuro? ¡Por favor!

—Bueno —sonrió el japonés—, no veo por qué tengo que prohibírselo a usted, cuando me consta que suelen venir bastantes periodistas y hasta la televisión, para tomar algunos momentos de la fiesta en videotape... Aunque quizá precisamente ya serán demasiados periodistas... ¿Qué te parece Takashi?

—No creo que la presencia de la señorita Westmoreland perturbe en absoluto la marcha de la recepción —declaró el joven secretario—. Es verdad que tenemos suficientes periodistas para esa noche, pero si ella viene sola admitiremos su presencia.

—Oh, sí, ya lo creo que vendría sola —aseguró Alice—. Entonces... ¿puedo venir y traer una cámara fotográfica?

—Considérese invitada —dijo Masao Unamuro—. Usted es una persona poco corriente, señorita Westmoreland. Tiene algo... especial.

—¿Los ojos? —rió ella.

—Ah, no, no es cuestión de atractivo físico. Que por cierto es mucha. Yo me refiero a un atractivo... íntimo, a una cualidad que hay en usted y que no sabría definir.

—Me está usted intrigando sobre mi misma, señor Unamuro.

—¿Realmente usted no sabría definir esa cualidad que yo siento pero que no sabría explicar?

—Es que... ¡tengo muchas cualidades! —rió Alice, empleando su máxima seducción—. ¡Así que no sé a cuál se refiere!

—Tal vez si nos viésemos con alguna frecuencia yo podría profundizar en usted hasta vislumbrar esa cálida cualidad —deslizó Unamuro.

Alice Westmoreland se quedó mirándolo fijamente, de pronto seria.

—¿Está hablando en serio? —murmuró.

—Yo siempre hablo en serio. ¿Está alojada en un hotel?

—No. Alquilé una lancha en Honolulu cuando llegué a las

Hawaii, y vivo en esa lancha.

—¿Se da cuenta? Usted no es corriente en modo alguno... De todos modos, quizá estaría mejor en una casa que en una lancha, ¿no le parece? Lo digo porque tengo un pequeño chalé donde me gustaría se instalase usted a su gusto. Con todos los gastos pagados, naturalmente. Si algo pretendo con respecto a usted no es precisamente hacer un negocio alquilando una de mis más preciadas y discretas posesiones.

—Se lo agradezco —manifestó con voz muy suave Alice—, pero precisamente alquilé la lancha para poder ir de un lado a otro de estas islas haciendo fotografías y montando un gran reportaje para mi revista. Tal vez cuando termine mi trabajo decida tomarme unos días de descanso en ese chalé suyo.

—Estaría encantado. Y ahora, si me disculpa, tengo que atender aún muchos asuntos esta mañana. Póngase de acuerdo con Takashi respecto a los detalles de la fiesta. Me alegrara mucho verla en ella.

Unamuro tomó la mano de Alice y la besó lentamente en el dorso. Luego tras una última mirada centellenante a los azules ojos de la rubia, se despidió. De nuevo quedaron solas Alice y Takashi que no salía de su asombro.

—No he visto nunca al señor Unamuro tan impresionado —aseguró—. Y le aseguro que no son las mujeres hermosas lo que falta en este lugar, señorita Westmoreland.

—Pero quizá no sean tan hermosas como yo —rió Alice.

—Quizá. ¿Le gustaría verlas?

—¡No me diga que hay un harén aquí!

—Claro que no —rió Ichiro—. Venga, daremos una vuelta por los jardines: así cuando venga a la fiesta ya conocerá el lugar y podrá desenvolverse mejor.

—Buena idea. ¿No puedo ver la casa?

—En otro momento, si no le importa.

Salieron, sin que Alice evidenciara su contrariedad por poder ver la casa, en la que, al parecer, se habían instalado Hamilton Delaney, el ruso y el chino. Eso claro está, aparte de otras personas a las que no estaban dando importancia y quizá la tenían...

Alice supo muy pronto a qué se refería Takashi Ichiro al hablar de las mujeres hermosas. Había no menos de una docena en una explanada casi al borde mismo del acantilado. Todas ellas vestían

un brevísimo bikini que dejaba sus cuerpos prácticamente del todo visibles: incluso había tres que habían optado por quitarse la prenda superior, de modo que ofrecían a la vista sus espléndidos pechos desnudos. En seguida se dio cuenta Alice que no había una sola que tuviera más de veinticinco años ni menos de veinte, y de que todas eran altas, esbeltas, ágiles y hermosas. La más hermosa era sin duda la que estaba dando órdenes a las demás, que la escuchaban sentadas en la hierba o apoyadas en arbustos de hibisco. Muy cerca del grupo se veían varias alas delta de variados y alegres colores, con las que, al parecer, la noche de la fiesta las bellas muchachas debían realizar una exhibición que resultaría realmente original: deberían lanzarse hacia el mar desde el borde del acantilado, a bordo de las alas delta, cuya superficie se impregnaría de una materia fosforescente. Las evoluciones de las alas delta hábilmente dirigidas por las muchachas tendrían que resultar sin la menor duda muy espectaculares...

—Supongo que estas señoritas son unas expertas —se estremeció cómicamente Alice—. ¡No quisiera estar en su pellejo!

—No es tan complicado como parece —rió Ichiro—. Bueno, lo complicado es hacer evoluciones y componer figuras mientras planean hacia el mar, pero descender sin complicarse la vida ya no es tan difícil... ¿Le gustaría probar?

—¡Claro que no! —respingó Alice, sobresaltadísima—. ¡Cielos, me rompería todos los huesos al caer! ¡Me mataría!

—En ese caso será mejor que lo dejemos: el señor Unamuro nunca me perdonaría que a usted le ocurriese algo. ¿Seguimos paseando?

Alice echó una última mirada al grupo de hermosísimas muchachas y a Caroline, la profesora rubia y que casi media metro ochenta. Luego miró el impresionante vado. Desde allí hasta el siguiente nivel de tierra, ya cerca del mar, había no menos de doscientos cincuenta metros; una caída no para romperse los huesos, sino para hacérselos papilla.

Sin embargo, poco después, cuando estaba recorriendo el magnífico campo de tiro. Alice comenzó a ver a las muchachas de Caroline volando hacia el mar describiendo con las alas delta graciosas piruetas aéreas. La luz del sol arrancaba dorados destellos de los hermosos cuerpos femeninos, y parecía estallar en varios

colores de las alas delta.

—¿Y cómo regresan luego a casa? —preguntó Alice.

—Las traen en un helicóptero o dos.

—Ah, eso sí es cómodo. ¿Ellas viven en la casa estos días, hasta la fiesta?

—Forman parte del equipo de vigilancia de la villa. Ellas, y otras personas, disponen de un pabellón especial de alojamiento precisamente cerca de aquí, del campo de tiro, discretamente ubicado entre árboles frondosos.

—Pues deben de estar muy molestas si viven cerca de aquí; los disparos tienen unos estampidos muy fuertes, ¿verdad?

—Sin duda. Lo que ocurre es que, precisamente, son ellas las que con más frecuencia disparan aquí, en sus prácticas de perfeccionamiento y mantenimiento.

—¿Estas jovencitas saben manejar armas?

—Estas jovencitas —rió una vez más Ichiro— son temibles, señorita Westmoreland: no solo saben disparar muy bien, sino que conocen realmente una serie de trucos muy peligrosos. Casi todas ellas practican el karate, el judo o el taekwondo, o la defensa personal... Además, tienen muchas y muy convenientes habilidades diversas. Hubo una temporada en la cual el señor Unamuro solo contrataba hombres para la custodia de la villa, pero llegó a la conclusión de que resultaba más antiestético ver hombres armados circulando por el interior de la villa, por las cercanías de la casa, los jardines... Se pensó en dotarlos de una especie de uniforme alegre, que suavizara las cosas, pero no resultaba adecuadamente viril, no quedaba bien. La idea de que una docena de hombres estuviesen deambulando por aquí en traje de baño también fue considerada, pero podía dar lugar a malas interpretaciones, y al señor Unamuro no le complacía en absoluto, por otra parte, pasarse el día viendo hombres casi desnudos. Finalmente, halló la solución: ¿a quién puede molestar u ofender la presencia de unas cuantas chicas en bikini en un lugar donde hay varias piscinas y hasta cascada natural?

—¿Hay una cascada natural en la villa? —exclamó Alice.

—Por supuesto. ¿Le gustaría verla?

—¡Me encantaría!

CAPÍTULO IV

—Era preciosa... ¡Te aseguro que era preciosa! En realidad, es un pequeño salto de agua de uno de los pequeños riachuelos que bajan del Mauna Kea y que discurren por la villa de Unamuro, pero resulta encantador: está en un lugar escogido, rodeado de helechos, y el agua cae desde un par de metros en un pequeño remanso...

—De modo que no viste ni a Delaney ni al ruso ni al chino — cortó Elvis North.

—Te estoy hablando de cosas románticas.

—Ya me has descrito a la perfección ese paraíso privado, pero nosotros también tenemos uno, ¿no es cierto? Que sea más o menos grande, importa bien poco. Volvamos al asunto, te dejaron verlo todo menos el interior de la casa.

—Sí. Es claro que eso lo hicieron porque Delaney está en ella. Y el ruso y el chino... y posiblemente más personajes a los que hasta ahora no hemos dado importancia. ¿Sabes lo que me gustaría probar, mi amor?

—Sí: lanzarte con una de aquellas alas delta.

—¿Cómo lo sabes?

Elvis North frunció el ceño, movió la cabeza, y encendió dos cigarrillos, ofreciéndole uno a Alice Westmoreland. Estaban los dos en el camarín de la lancha, donde Elvis había estado esperando a Alice descansando tranquilamente en una las literas, en cuyo borde se hallaba sentado ahora. Alice estaba sentada en la otra litera, frente a él Por la pequeña portilla orientada al oeste un resplandor rojo de sol vespertino. Talmente parecía que fuera de la lancha el mundo estuviese incendiándose. Hasta el camarín llegaba apagado el rumor de Hilo, de las gentes del embarcadero, de algunos motores... De cuando en cuando, en el círculo de la luz de las portillas se recortaban las formas diminutas de lejanas gaviotas. El rumor del mar prevalecía por encima de cualquier otro.

—En resumen —dijo de pronto Elvis—: la villa de Unamuro es algo así como una fortaleza.

—Aparentemente es un jardín encantador, pero es un lugar en el que no quisiera estar acorralada. Hacia el norte está el acantilado, y desde allí desde luego que no se puede escapar. Hacia el sur está el Manua Kea, y por su falda se extienden las posesiones de Unamuro con plantaciones de café en lo más alto, y más abajo piña, caña y otras. Además de Caroline y sus doce fierecillas bien entrenadas, que sin duda disponen de pistolas en lugares estratégicos de los jardines escondidas, están los hombres que trabajan en las plantaciones con toda clase de máquinas y vehículos, y, por supuesto, deben tener toda clase de armas bien disimuladas a la mano. Disponen también de una red de vigilada por televisión que abarca grandes zonas. Según me dijo Takashi Ichiro es para controlar los riesgos previstos, o las inundaciones de las lluvias o posibles incendios... y tal vez lo utilizan para eso, pero naturalmente cualquier incursión en las plantaciones sería detectada inmediatamente por el personal que atiende el sistema de vigilancia... Y no digamos si te acercas a la casa... Todo es encantador, empezando por la casa en sí, sus toldos, sus tres piscinas, el campo de golf que se extiende hacia el volcán, el campo de tiro en un pequeño desnivel cerca del acantilado... Todo, todo es encantador, pero si te acercas a la casa quedas en el acto metido en el cepo que significan, como mínimo, Caroline y sus chicas.

—Lo mejor será que dibujes un plano para ver qué se puede hacer.

—No se puede hacer nada. Es decir, podemos ir allá y luego, tal vez podríamos salir, a lo basto, matando gente como si fuesen moscas, pero me pregunto si vale la pena correr tantos riesgos si mañana estoy invitada a la fiesta...

—Tú sí, pero yo no —gruñó Elvis.

—Sí, es un pequeño contratiempo —sonrió Alice—, pero espero poder arreglármelas yo sola. Mi amor, solo se trata de saber quiénes son ese ruso, el chino y algunas personas más, a fin de ordenar una investigación a fondo que nos permita tener una idea de qué se está tramando, una vez conocidos los personajes. Solo tengo que ir allá, obtener fotos y hacer unas cuantas preguntas simpáticas.

—Así de sencillo —replicó con sarcasmo Elvis.

—Ya sé que no —admitió Alice—. Pero es menos complicado y arriesgado que efectuar nosotros una de nuestras incursiones tipo

comando.

—No sé. Lo pensaré. Vamos a hacer una cosa: mientras investigan partiendo de las fotos que tomó Simpson Rice, nosotros descansaremos toda la noche. Si por la mañana tenemos informes correctos actuaremos en consecuencia a esos informes: si al mediodía no sabemos más que ahora tomaremos una decisión. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Alice dulcemente—. Me parece bien.

—Bien. Tengo una mala noticia para ti: no hay champán en el frigorífico.

—¡Oh, no!

—Iré a comprar unas cuantas botellas. Tenemos suficientes platos preparados para un banquete. ¿Te encargas de prepararlos?

—¡Encantada! —rio Alice—. ¿Qué desea cenar el señor?

Elvis North se puso en pie, asió a Alice juguetonamente por las orejitas y la puso en pie, mientras ella gemía como una niña dolorida. Dejó de gemir cuando él la besó en la boca. Se abrazó a la cintura del hombre que amaba, y ambos dejaron que el tiempo fuese pasando... Por la portilla donde se había visto el sol rojo comenzó a prevalecer el tono cárdeno, y rápidamente el oscuro casi negro total...

Alice separó al fin su boca de la de Elvis, y suspiró:

—Cielos, qué hombre tan voraz...

—Tus pechos al horno —dijo Elvis.

—¿Qué...? Oh, ya te entiendo —se echó a reír—. ¡Eso es lo que quieres para cenar!

—Todo un banquete.

—Tonto —susurró ella—. Mis pechos están mucho mejor de otra manera que no al horno.

—Será mejor que vaya a buscar el champán.

—Sí, o nos quedaríamos incluso sin cenar... Ya tendremos tiempo después.

—Tiempo... ¿de qué?

—De hacer el amor.

Elvis North besó suavemente los labios de Alice Westmoreland, y al poco salía de la lancha. Ya era prácticamente de noche, y las luces del embarcadero habían sido encendidas. Frente a él se recortaban las palmeras tras las luces de Seaside Boulevard, al cual

llegó Elvis en medio minuto. Olía a mar, pero también a gasolina, debido a la considerable circulación automovilística del bulevar. ¿A qué negarlo? el automóvil era un invento formidable, práctico y útil, pero a fin de cuentas la Humanidad había vivido sin él miles y miles de años, y tal vez su invención y utilización acabaría por provocar una transformación de la civilización que no tenía por qué ser mejor que la evolución natural que se habría conseguido si todo el mundo continuara desplazándose a pie. Claro que uno no podría ver tantos sitios, pero... ¿y qué? A fin de cuentas, estaba demostrado que todas las personas preferían vivir en donde habían nacido más que en cualquier otra parte...

—Siga caminando y métase en el coche.

Elvis North oyó la voz como si procediera de otro mundo, de otro planeta. Volvió la cabeza y vio al hombre, a su izquierda, con la mano derecha metida en ese lado de la blanca chaqueta impecable. Elvis North parpadeó. Ni por un momento experimentó temor alguno. Simplemente estaba atónito: se había dejado sorprender. Se había abstraído tanto en sus pensamientos que un tipejo cualquiera le había sorprendido. A él.

—¿No me ha oído? —gruñó el sujeto.

Elvis asintió, en silencio. Miró hacia su derecha, pero no vio a ningún otro hombre. Tal vez si había otro adversario se mantenía a distancia, para controlarlo mejor. El coche que había señalado el desconocido se había detenido junto al bordillo del paseo. Elvis fue hacia allá, abrió la portezuela derecha de atrás, y se metió dentro del vehículo. Tras él entró el sujeto de la blanca chaqueta, que sacó la mano del bolsillo, y dejó ver la pistola, que Elvis clasificó enseguida: Llevaba el silenciador incorporado...

—¿Quién es usted? —preguntó el tipo armado.

—¿Y usted? —inquirió Elvis.

—Yo soy quien tiene la pistola en la mano.

—Yo también tengo una —dijo el sujeto que iba al volante, y que estaba vuelto hacia ellos—, pero seguro que bastará con la de Kelao.

—Vámonos de aquí, Spencer —apresuró el tal Kelao—: hay demasiada gente.

Spencer, a todas luces norteamericano, atendió de nuevo el volante. Elvis miraba con curiosidad a Kelao: bajo, rechoncho,

moreno, sin duda alguna fortísimo, de ojos pequeños y vivos, negrísimos. Bueno, era un mestizo más de hawaiano y chica norteamericana, simplemente.

—Le repetiré la pregunta —masculló—: ¿quién es usted?

—Aquí debe de haber un error —contestó Elvis—. Estoy seguro de que ustedes se han equivocado de hombre.

—Nada de eso. Usted estaba en la lancha con la señorita Westmoreland. ¿no es así? Pues bien: queremos saber quién es usted y qué tiene que ver con ella.

—Soy su amante.

—Escuche, no se nos ponga chulo, ¿de acuerdo? Podemos consultar eso inmediatamente con nuestros compañeros, así que no complique las cosas.

—Ya le he dicho a usted que Alice es mi amante.

—Pues nos sorprende porque ella parecía que no tuviese a nadie más en el mundo, y menos todavía tan cerca, en su lancha. ¿Entendemos que usted vive con ella?

—La mayor parte del tiempo.

—¿Conocían a un hombre llamado Simpson Rice?

Lo que sucedió a continuación, en menos de dos segundos, fue alucinante, casi increíble: el coche se detuvo ante un semáforo: Elvis North desvió con su mano izquierda la derecha de Kelao, y al mismo tiempo, con la derecha, lo mataba de un escalofriante golpe *ura-ken* propinado con los nudillos en la sien izquierda. El mestizo hawaiano emitió un ronquido espectacular y sonorísimo, apretó el gatillo de su pistola en la última convulsión de su vida, y la bala fue a alojarse en el occipucio de Spencer que fue abatido violentamente sobre el volante en el cual rebotó, para quedar de nuevo normalmente sentado, con una bala en el cerebro. No había tenido tiempo ni de darse cuenta de lo que ocurría.

Elvis North colocó bien en el asiento de atrás a Kelao, y acto seguido desplazó a Spencer al asiento delantero derecho, dejándolo como dormido. Sin salir del coche, con una agilidad y una rapidez increíbles. Elvis North pasó a ocupar el asiento ante el volante. A su izquierda, otro automóvil se había detenido. Al volante iba una mujer, que tenía vuelta la cabeza y miraba a Elvis con los ojos muy abiertos. Elvis sacó un cigarrillo, lo encendió y se puso a hablar con el fallecido Spencer, como si tal cosa, gesticulando. En un momento

dado miró a la mujer del coche vecino, y la vio ya tranquila convencida de que allí dentro no había pasado nada.

El semáforo pasó al verde. Elvis arrancó, dejando el cigarrillo colgando de sus labios. Doscientos metros más allá cambió de sentido, emprendiendo el regreso al embarcadero donde tres minutos más tarde, muy cerca del lugar donde estaba amarrada la lancha, detuvo el coche, apagó el motor y las luces, y se apeó. Cerró el coche y se dirigió tranquilamente hacia la lancha, llevando ahora en el bolsillo del pantalón la silenciosa pistola de Kelao.

Se detuvo unos quince metros de la lancha, observando especulativamente. Todo parecía en orden y tranquilo. A poca distancia vio el coche que Alice y él habían estado utilizando. Volvió a mirar la lancha y se encaminó hacia ella, despacio. Cuando llegó al borde del embarcadero se quitó los zapatos, y con exquisito cuidado, pasó a bordo. La lancha ni siquiera se movió un milímetro.

Caminando como si fuese una sombra Elvis North llegó a la entrada, al camarín de la lancha, y aplicó el oído a la doble puerta. Dentro, a través de la madera, oyó el murmullo de la voz de Alice, y enseguida la voz más tonante de un hombre. Comprendió la situación en el acto, precisamente por el tono de la voz del hombre: era él quien estaba dominando la situación. Por el momento, claro, porque el desdichado no sabía con quién se las estaba viendo: él veía una rubia preciosa y encantadora que quizá incluso simulaba estar asustada, pero de esto a la verdad...

Además, no debía de haber un hombre solo, sino dos por lo menos, ya que Kelao había dicho que podía consultar inmediatamente con «sus compañeros». Lo que indicaba que portaban radio de bolsillo: radio que ni siquiera se había molestado en buscar en los bolsillos de Kelao ni Spencer.

Oyó de nuevo la voz masculina, fuerte, agresiva, casi amenazadora. Sin más consideraciones, Elvis empujó la doble puerta, entró en el camarín y vio a Alice sentada en el borde de la litera, un hombre sentado frente a ella, precisamente donde poco antes había estado el propio Elvis, y otro hombre de pie que le daba la espalda, y que lógicamente, reaccionó al oír que alguien entraba, comenzando a volverse.

No pudo hacer nada más. En el mismo instante en que iniciaba el giro, Alice se puso en pie, dio un paso hacia él, y le hundió

fuertemente la rodilla derecha en la zona genital: el hombre palideció, se encogió, bajando la cabeza, y Alice le derribó con un golpe propinado a un lado del cuello con la mano rígida. Ni por un momento la bellísima rubia se había preocupado por el sujeto que estaba sentado frente a ella y armado con una pistola, e hizo bien. Sabía muy bien que el desdichado estaba condenado a muerte. Era muy simple: cualquier persona que tuviera la más remota posibilidad de lastimar por levemente que fuera a Alice Westmoreland era exterminada sin piedad alguna por Elvis North que no concedía el más pequeño margen de riesgo en esta cuestión. Así, Elvis disparaba contra el que estaba sentado, metiéndole sin titubeo ni compasión alguna una bala en el corazón. El hombre bizqueó, su boca se desencajó en un gesto de angustia mortal, y cayó atrás sobre la litera.

Eso fue todo.

Alice se inclinó, y recogió la pistola del que ella misma había vencido en cuestión de un segundo. Enseguida miró a Elvis, y dijo:

—Estoy bien.

—Ya veo. Tengo dos tipos muertos en un coche. Y con el de aquí suman tres. ¿Qué te han dicho?

—Estaban esperando qué pasaba contigo para llevarnos a los dos juntos a no sé dónde. ¿Te has enterado tú?

—No.

—Bueno, no vamos a tener problemas al respecto, ya que ha quedado uno vivo. Pero deberíamos marcharnos de aquí.

—Avisaré por el radioteléfono para que venga alguien a buscar el coche con los dos muertos, y nos haremos a la mar con este par. No te descuides.

Alice sonrió simpáticamente. Elvis gruñó y salió del camarín, pasando a la cabina de mandos, desde la cual, utilizando el radioteléfono pasó instrucciones para que viniesen a retirar del embarcadero el coche con los dos hombres muertos en su interior. Luego fue a revisar el coche que ellos habían estado utilizando, y en su parte inferior, vio el pequeño aparato metálico adherido. Moviéndolo la cabeza con un gesto como maravillado, y regresó a la lancha. En el interior de esta. Alice había atado de pies y manos al sujeto desvanecido, y lo había tirado sobre la otra litera.

—No te lo vas a creer —dijo Elvis.

—¿Me habían colocado en el coche un transmisor magnético de señales?

—Ya veo que si te lo crees.

—Es una treta infantil —desconfió Alice—. No pueden ser tan simples.

—No —admitió Elvis huraño—, no so puede ser tan simple. Pero el hecho cierto es que mientras tú paseabas por la villa, alguien te colocó el transmisor en el coche. Te siguieron y pusieron a vigilar la lancha, me vieron salir a mí, y decidieron aclarar las cosas... Y van a quedar muy claras, de un modo u otro: cuando Unamuro vea que sus hombres no regresan sabrá a qué atenerse... y dudo mucho que seas bien recibida en su fiesta.

—Lástima —sonrió Alice—, porque me habría gustado mucho asistir a ella.

Un gesto de alarma apareció en el rostro de Elvis.

—Ah, no —expresó su sobresalto—, ¡nada de eso! ¡Todo se ha complicado demasiado, de modo que no permitiré que vayas a esa fiesta!

—Pero mi amor, ¿por qué no he de ir? He sido invitada.

—Maldita sea —masculló Elvis—: Le hemos matado tres hombres a Masao Unamuro.

—¿Nosotros? —Alice puso cara de niña buena y candorosa—. ¡Claro que no! Es más, tú ni siquiera existes. En cuanto a mí, que vivo sola en esta lancha, no sé nada de nada: a mí no me ha visitado nadie, ni sé de nadie que haya muerto... ¡Soy la inocencia y la ingenuidad en persona!

—Que no —insistió hoscamente Elvis— ¡Que no vas a esa fiesta! ¡Y no abuses de tu encanto ni de lo enamorado que me tienes! Digo que no vas a esa fiesta y se acabó.

—Hagamos una cosa —propuso seriamente Alice—: conversemos un poco con nuestro invitado, y después tomaremos las decisiones que sean más adecuadas. ¿De acuerdo?

—Ya veremos. Voy a sacar la lancha del embarcadero, no sea que todavía nos visite más gente.

* * *

El prisionero de Elvis y Alice era un norteamericano llamado

Handurst, y la información que facilitó no servía prácticamente para nada: no conocía los nombres de los invitados de Masao Unamuro, no sabía qué estaba tramando este, (si es que estaba tramando algo), y, respecto al lugar donde se ocultó el yate *Red Sun* dijo que no estuvo escondido, sino que, simplemente, disponía de un sistema que le permitía cambiar de nombre, o sea, que podían verlo cien veces, pero puesto que el yate buscado se llamaba *Red Sun* lógicamente nadie se fijaría en uno de similares características pero llamado *Snowdon*.

¿Quién le había enviado a él y a sus compañeros a interrogar a Elvis y a Alice, y sin duda alguna, a matarlos, si así convenía? Naturalmente el tal Handurst negó que tuvieran órdenes de hacerles el menor daño: simplemente el señor Ichiro que estaba encargado de organizar y dirigir el sistema de seguridad en torno al señor Unamuro, había desconfiado de la señorita Westmoreland y quiso saber quién era exactamente ella y qué pretendía en realidad. Y claro, al verla en compañía de Elvis, pues sus dos compañeros quisieron saber quién era el señor North... Etcétera.

—Como ves —se dirigió Alice finalmente a Elvis, hablando en ruso para que el prisionero no se enterara—, no tenemos otra alternativa que ir a la villa si queremos sacar algo en claro de todo esto.

—Queda el yate. Tal vez haya en el yate alguien que pueda darnos alguna explicación. Y ahora lo tenemos bien localizado. Yo puedo hacer una incursión al yate...

—¿Por qué tú? —inquirió Alice.

—Si te doy una explicación convincente... ¿te quedarás en la lancha tranquilamente esperando mi regreso?

—Si es convincente, sí.

—Bien, pues escucha: a ti te conocen, y a mí no de modo que no veo la necesidad de que sigas complicándote la vida y quizá provocando una alarma en esas gentes que no nos conviene demasiado. Así yo puedo ir al yate como un simple ladrón que ha visto un yate de lujo, ha intuido que dentro puede haber mucho dinero y cosas de valor y va a por ellas. Eso, suponiendo que alguien me capturase, cosa que sabes perfectamente que no es nada fácil. Esto aparte, tú ya has tenido una parte directa de la acción yendo a la villa, así que ahora me toca a mí lo del yate. Y además

de todo esto...

—Está bien, está bien —se enfurruñó Alice—. ¡Tienes el yate para ti solo!

CAPÍTULO V

El proceso para acceder a la cubierta del yate fue realmente sencillo: tras convencerse de que no había nadie en la cubierta de este. Alice pilotó la lancha pasando finalmente a motor parado junto al blanco casco del *Red Sun*, y desde el capó de la lancha. Elvis North dio una muestra de su agilidad alcanzando de un solo salto la borda del yate. La lancha continuó su ruta, y el señor North, con una simple flexión, rebasó la borda y se encontró en cubierta. Su indumentaria consistía en pantalones oscuros, jersey negro, y zapatillas deportivas de color gris, de modo que era prácticamente una sombra que por un momento quedó en evidencia debido a las luces del embarcadero, y que desapareció enseguida en el interior del yate.

Ya en el lujoso salón. Elvis escuchó alerta, y alcanzó a oír las voces de varios hombres. Guiado por estas, se adentró en el pasillo, y llegó ante la puerta de uno de los camarotes, tras la cual estuvo escuchando durante un par de minutos. En este tiempo obtuvo las suficientes conclusiones: había allí tres hombres que estaban jugando al póquer. Así de simple.

¿No habían dejado a nadie vigilando? Esto le pareció tan poco probable que desconfió. Se irguió, continuó pasillo adelante, e inmediatamente oyó lo que le pareció un gemido. Su cabeza giró hacia la puerta tras la cual había sonado, mientras sus pies quedaban clavados al piso. Volvió a oír el gemido a los pocos segundos. Se acercó a la puerta, y también estuvo escuchando. No tardó ni diez segundos en comprender que en aquel camarote había dos personas haciendo el amor.

Realmente estimulante.

Con una seca sonrisa en los labios, Elvis empujó suavemente la puerta del camarote, y entró en este, apuntando inmediatamente su pistola hacia la cama.

Pero quien se llevó una auténtica sorpresa, casi un sobresalto, fue él, y no las dos mujeres desnudas que había en la cama, todavía

abrazadas. Ellas lanzaron sendas exclamaciones, se separaron y se volvieron hacia la puerta... y se quedaron mirando con ojos muy abiertos a Elvis, que no salía de su asombro. De repente, una de las muchachas se movió velozmente, saltando de la cama y abalanzándose hacia una butaquita en la que se veían ropas femeninas... La pistola de Elvis cubrió la zona velozmente.

—Quieta —sonó su voz áspera y fría—. Quieta o te mato.

La bella muchacha desnuda quedó con las manos tendidas hacia las ropas, hacia las que miró Elvis un instante. Acto seguido hizo señas con la pistola indicando a la muchacha que regresara a la cama, y él se acercó a las ropas. Estas correspondían a las dos chicas, y entre ellas encontró Elvis las dos pistolas provistas de silenciador incorporado, como la que él utilizaba ahora y que había pertenecido a Kelao.

Las dos bellas contemplaban fijamente a Elvis. Eran en verdad guapísimas, y de repente Elvis las asoció al grupo que Alice había visto en la villa de Masao Unamuro. Una de ellas era rubia como el mismo oro, y la otra una morena y espectacular nativa de grandes ojos negros y pechos seductores que parecían de bronce. ¡Vaya un desperdicio!, pensó Elvis.

—Está bien —susurró—, entiendo que deberíais estar de guardia y no haciendo cochinas, ¿cierto?

—¿Quién es usted? —murmuró la rubia, que era la que había intentado alcanzar las armas.

—Me pregunto si al señor Unamuro le gustaría saber que tiene un par de lesbianas en su guardia de corps. ¿Le gustaría? Especialmente cuando esos pequeños vicios demostrativos de la imperfección humana dan lugar a descuidar la vigilancia de su yate. ¿Qué os parece? ¿Le gustaría?

—¿Qué quiere usted? —insistió la rubia inquieta—. ¿Quién es?

—Veamos si hablando claro es cierto que se entiende la gente: soy un teórico enemigo del señor Unamuro, y puedo ofreceros dos alternativas en las actuales circunstancias: Una: contestáis a mis preguntas como si nunca hubiera estado aquí. Dos: no contestáis, en cuyo caso os meto a cada una dos balas en vuestra zona del pecado y sigo matando gente del yate hasta hacerme con el control de este. ¿Cuál elegís?

Las dos chicas estaban tan pálidas que más era imposible. La

encantadora nativa, cuyos pezones eran de una belleza excepcional, musitó:

—¿Qué quieres preguntarnos?

—En este yate estuvo un norteamericano llamado Hamilton Delaney que está ahora como invitado en la villa. ¿En condición de qué estuvo aquí y ahora está en la villa el señor Delaney?

—Es amigo del señor Unamuro.

—¿Tienen negocios juntos?

—Sí, pero no sabemos qué clase de negocios.

—Volveremos sobre ese tema. Hablemos ahora de los demás invitados que estuvieron aquí y que ahora están en la villa. ¿Quiénes son?

—Bueno, conocemos los nombres de pocos de ellos... Solo sabemos que la mayoría de los que estuvieron en el yate son químicos.

—Químicos.

—Sí. Ellos han llegado a Hilo, y se instalaron en el yate esperando la llegada del señor Delaney. Ahora están todos en la villa.

—¿Qué clase de químicos? Quiero decir... ¿qué hacen, a qué se dedican?

—No lo sabemos. ¡De verdad!

—¿Hace mucho tiempo que tienen trato con el señor Unamuro?

—Que nosotras sepamos, no. Me parece que han sido contratados últimamente por los cuatro.

—¿Qué cuatro?

La morena dirigió una fulminante mirada a la rubia, que se mordió los labios y bajó la cabeza. Elvis North extendió amenazadoramente con la pistola.

—¿Queréis que os meta una bala donde he dicho antes? —advirtió secamente.

—¡Nosotras no sabemos nada de todas esas cosas! —protestó la morena.

—¿Qué cuatro? —insistió Elvis amenazadoramente—. Veamos, uno de ellos es sin duda el señor Unamuro. Otro debe de ser Hamilton Delaney. Y los otros posiblemente sean el ruso y el chino elegante, ¿es así?

—Sí... sí.

—O sea que no es la primera vez que estos cuatro se reúnen.

—No, no es la primera vez.

—Bien, ¿cómo se llaman el chino y el ruso?

—Pao Chang y Boris Ovonenko.

—¿Y a que se dedican?

—No lo sabemos.

—¿Alguno de ellos es químico?

—No... no. ¡No sabemos a qué se dedican!

Elvis iba a seguir apuntando cuando afuera, en el pasillo, sonó de pronto la voz de un hombre, y casi enseguida la puerta del camarote se abrió impetuosamente, y el hombre entró con no menos ímpetu.

—Malditas guarras —masculló—. ¡Cuando toca turno de vig...!

Más que ver a Elvis el hombre lo presintió, al mismo tiempo que se daba cuenta de la actitud de las dos muchachas y de su asustada mirada hacia la izquierda. El hombre quiso volverse entonces, llevando la mano al bolsillo de atrás del pantalón, pero justo en ese momento. Elvis le golpeaba con la pistola detrás de la oreja: el hombre cayó fulminado al suelo... Al mismo tiempo, la morena saltaba de la cama a una velocidad sencillamente increíble, llegaba a donde estaban sus ropas y sus armas, y empuñaba una de las pistolas, volviéndose hacia Elvis exclamando.

—¡Ahora...!

Plop, disparó Elvis North, sin inmutarse.

La hawaiana recibió el balazo en el hombro derecho, lanzó un alarido, y giró fuertemente sobre sí misma, lanzando lejos la pistola y cayendo por fin de rodillas al suelo, de espaldas a Elvis... La casualidad decidió la suerte de la rubia: la pistola lanzada al aire por la otra fue a caer en la cama, y la rubia no pudo resistir la tentación de aprovechar también la oportunidad. Al ver a Elvis atento con lo que ocurría a la hawaiana su mano empuñó la pistola, apuntó a Elvis, y disparó... en el mismo momento en que Elvis se dejaba caer de rodillas y disparaba a su vez.

Un salpicón de sangre apareció sobre el bellísimo seno izquierdo de la rubia, que lanzó un grito ahogado e inconcluso y cayó de espaldas sobre la cama, muerta en el acto, los ojos casi fuera de las órbitas. La morena, de rodillas, estaba gritando ahora, y Elvis la miró hoscamente... En el pasillo se oyeron pisadas, e

inmediatamente apareció en el camarote un hombre, pistola en mano, pero demasiado alarmado, y mascullando:

—¡Pero qué demonios estáis...!

Vio a Elvis, se atragantó, giró hacia él encarando la pistola...

Plop. Plop, disparó Elvis North.

El hombre se estremeció las dos veces talmente como si estuviera recibiendo descargas eléctricas de alta tensión, mientras la pistola quedaba colgando de su dedo índice y su camisa se hundía en pequeños cráteres rojos. El hombre salió de espaldas del camarote, y Elvis oyó su derrumbe en el pasillo. Enseguida, las veloces pisadas alejándose. Comprendió lo que ocurría. Elvis no se lo pensó ni un segundo: saltó fuera del camarote, y vio al hombre que corría alejándose, dispuesto a abandonar el yate en el que sin duda intuía que las cosas se habían puesto muy mal.

—¡Quieto! —gritó Elvis.

El otro no le hizo el menor caso, y continuó corriendo, sin duda porque estaba tan cerca del salón del yate que no se le ocurrió que una bala pudiera alcanzarle antes de llegar. Y se equivocó completamente. Elvis disparó una vez más, el sujeto recibió el balazo en el corazón por la espalda, cayó de bruces y se deslizó por el rutilante piso del pasillo para llegar al salón, en efecto, pero muerto.

Elvis se colocó velozmente a un lado de la puerta del camarote, y dijo con voz escalofriantemente tranquila:

—No hagas tonterías: suelta esa pistola y ve desplazándote hasta que yo te vea. De rodillas, y con las manos sobre el pecho. Si en diez segundos no te he visto te mataré.

Veía parte del interior del camarote, y, en menos de diez segundos, vio a la hawaiana, desplazándose de rodillas con las manos sobre sus bronceados pechos, y una mueca de dolor en su rostro. Elvis entró en el camarote, dirigió un vistazo hosco a la rubia, y masculló:

—El mundo está lleno de tontos. ¿Qué le costaba estarse quietecita?

* * *

Era casi la una de la madrugada cuando Steve abordaba de

nuevo la lancha de Elvis y Alice, anclada en la pequeña cala cerca del yate *Red Sun* que Elvis había pilotado hasta allí.

—En el yate no hay nada que valga la pena con vistas a lo que está ocurriendo. Hay una pequeña caja fuerte, pero solo contiene algún dinero y joyas y documentos de negocios corrientes. Los dos tipos y la rubia están muertos, desde luego. La morena está bien, y el tipo de la cabeza rota no va tener problemas... de salud, quiero decir. Es todo.

—O sea, ningún documento ni cualquier otra cosa que sugiera algo relacionado con la química —insistió Alice.

—Nada de eso.

—Pues había que obtener información en ese sentido. Veamos, ahora sabemos que, al parecer, han formado un grupo el señor Unamuro, Hamilton Delaney; y el chino Pao Chang y el ruso Boris Ovonenko. Sabemos que Unamuro se dedica a la... agricultura; Delaney a la electrónica; nos falta saber a qué se dedican el señor Chang y el camarada Ovonenko. Tal vez sean estos dos los que han aportado el grupo de químicos que estuvo en el yate con ellos mientras nosotros los buscábamos y ellos navegaban tranquilamente con el yate rebautizado como *Snowdon*. Ahora, todos están en la villa, y para saber qué están tramando tenemos dos vías. Una de ellas...

—Espera un momento —la interrumpió Elvis—. ¿No fuiste tú quien me dijiste que esa villa era prácticamente inexpugnable?

—Sí.

—Pues entonces, solo nos queda una vía para saber lo que están tramando. Y esa vía es, ahora que conocemos los nombres del chino y del ruso, proceder a una investigación a fondo sobre ellos en China y en Rusia... ¿No es así?

—Esa es una de las vías —sonrió Alice—: la otra es ir a la villa. No estamos investigando a un personaje conocido de cualquier pequeño país, sino a Chang y a un Ovonenko a los que hay que rastrear nada menos que en China y en Rusia. ¡Cielos, podríamos hacernos viejos esperando los resultados de esa investigación!

—Lo de hacerme viejo no me molesta en absoluto —aseguró Elvis.

—A mí tampoco —rio Alice.

—Pues parece que no quieras llegar a anciana...

—¡Claro que sí quiero! No soy como esas tontas que van escondiendo sus años y haciendo el ridículo intentando ocultar sus arrugas con afeites, masajes y cirugía estética. Yo aspiro a ser una viejecita encantadora, de sonrisa luminosa, cabellera blanca, y todavía apta para disfrutar del sexo y del sol. Y cuando llegue el momento en que ya solo pueda disfrutar del sol también me resignaré, aunque...

—Estoy hablando en serio yo —cortó, malhumorado, Elvis.

—Y yo también.

—Pero olvidas lo del yate. Fui allá a echar un vistazo y por poco no lo cuento. Y eso en un simple yate. Ahora imagínate que nada menos invadimos la villa de Unamuro... Hace falta estar loco para eso. Ya fue demasiada suerte y casualidad salir del yate con vida, de modo...

—De casualidad y suerte, nada... Saliste triunfante y vivo de allí porque eres quien eres —le cortó ahora Alice— ¿Quieres hacer el favor de dejar de preocuparte por mí? Todo lo que estás haciendo y diciendo es para al final ir tú solo a la villa. Pues bien, nada de eso. Iremos los dos juntos, como hemos hecho tantas otras veces en situaciones y asuntos tanto o más importantes y peligrosos que este de ahora. ¡Y no hay más que hablar!

Steve que había ido mirando de uno a otro fascinado por la personalidad de ambos, preguntó:

—Bueno, ¿a quién obedezco?

—¡Cómo que a quién obedece! —le miró iracunda la señorita Westmoreland—. ¡Usted está olvidando quién soy yo!

—Oh, pues... Bueno, quizá sí, pero como él...

—¡Él solo es mi amante!

—Caray, pues le envidio. Quiero decir... Lo... lo que he querido decir.

—Le voy a hacer una lista de lo que vamos a necesitar —dijo de pronto Elvis North—. Y no se complique la vida. Los dos sabíamos que si ella quiere ir a la villa irá a la villa. Pero había que intentar disuadirla, ¿no?

—A decir verdad, no veo por qué —reflexionó Steve—. Ella tiene razón, estamos olvidando quién es. Ha demostrado...

—¿A qué viene esto? —se impacientó Alice Westmoreland—. Vamos a necesitar muchas cosas para esa pequeña excursión por la

falda del Mauna Kea, y no es tiempo lo que nos sobra.

—¿Qué prisa tenemos? —se sorprendió Steve.

—La fiesta es mañana por la noche, y presiento que después de ella todo será más difícil, porque esa gente se dispersará. Seguramente están juntos porque esperan no llamar la atención al haber tantos invitados en la villa. Cuando la fiesta termine, lo que ese grupo haya querido hablar o hacer ya estará consumado, así que hay que ir antes. Y no vamos a lanzarnos desde un helicóptero en paracaídas a plena luz del sol, ¿verdad?

—¿En paracaídas? Pero, si el helicóptero puede tomar tierra en cualquier sitio.

—Sí, pero la vigilancia nocturna lo sabría. En cambio, si solo oyen que pasa un helicóptero no harán demasiado caso. Y sí que nos lanzaremos en paracaídas, ¿verdad, mi amor?

—¿Por qué me preguntas? Tú eres quien manda aquí, ¿no?

—Vamos, no seas rencoroso ni machista —rio Alice, abrazándose a su cuello y besándole en la boca—. Nunca has sido ni una cosa ni otra. ¡No irás a empezar ahora!

Elvis North se quedó mirando los ojos de Alice Westmoreland. De pronto tomó el rostro entre sus manos, la besó en los labios y susurró:

—Tengo el presentimiento de que lo vamos a pasar muy mal en esa villa. Pero sé que lo pasaríamos peor si no fuésemos allá. Nunca más podríamos dormir preguntándonos qué estarían tramando Unamuro, Delaney, Chang y Ovonenko con ese grupo de químicos.

—Entonces... ¿qué? ¿Saltarán en paracaídas? —preguntó Steve.

* * *

Faltaba menos de media hora para el amanecer cuando los dos paracaídas negros se abrieron sobre determinada zona de las plantaciones de la Unamuro Fruits, en la falda baja del Mauna Kea. A lo lejos relucía la blancura de la nieve. Hacia el mar, la oscuridad de la tierra tan cuidadosa y provechosamente cultivada.

Cuando amaneció, los dos paracaídas habían sido ya enterrados, y sus usuarios se disponían a buscar el modo más conveniente de llegar a la villa y conseguir lo que querían saber, qué estaban tramando el grupo de cuatro... y por qué había sido asesinado el

agente de la W.W.W. llamado Simpson Rice.

CAPÍTULO VI

—O sea que efectivamente ellos mataron a Rice —murmuró Alice.

—Está claro, pues de otro modo no habrían preguntado si «conocíamos» a un hombre llamado Simpson Rice. Es fácil comprender que hundieron la lancha y lo mataron a él, pero Rice debió quedar flotando o bajaron a buscar su cadáver. Le encontraron documentación a su nombre, pero ninguna que revelara para quién trabajaba. Y por eso están alerta de modo especial desde entonces.

Alice asintió, y volvió a mirar hacia la villa, que se divisaba a lo lejos, como fondo de la plantación de piña en la que había numeroso personal trabajando. Estaban bien escondidos, así que no sería fácil que los vieses... pero por el momento era impensable acercarse a la casa, pues serían vistos por los trabajadores. Eso si no habían sido vistos ya por los sistemas de vigilancia televisada.

Durante el día avanzaron pequeños tramos que los fueron acercando a la casa, dedicándose la mayor parte del tiempo a tomar el sol y contemplar los sistemas de trabajo de los empleados de la Unamuro Fruits. A media tarde, estaban tan cerca de la casa que prácticamente alcanzarían la zona del jardín en cuanto abandonaran la del cultivo. Y finalmente, los trabajadores dieron de mano, y se retiraron llevándose los tractores, Land Rovers y otros vehículos en los que cargaron herramientas de mano.

Hacia las cinco y media de la tarde el lugar quedó silencioso y solitaria sumido en una solitaria paz que olía a fruta y tierra removida. Elvis y Alice decidieron que había llegado el momento de acercarse más a la casa, aunque todavía no se aproximarían definitivamente a ella. Su plan era realmente pacífico y de buenos modales: cuando la fiesta estuviera en marcha, ellos sacarían de su equipo la indumentaria adecuada, se la pondrían, y se sumarían a la fiesta como unos invitados más. Iban preparados para todo, pues se habían asesorado bien de la clase de fiestas que daba el señor

Unamuro. Encantadores fiestas, en las que lo mismo se dedicaba uno a nadar en las piscinas que a bailar en una de las terrazas, charlar en una pérgola, a leer en la recoleta biblioteca, hacer el amor escondido entre las piñas, a contemplar las atracciones que exhibía el señor Unamuro (y que esta vez evidentemente, serían sus propias empleadas, las bellas muchachas que harían piruetas aéreas con las alas delta), o firmar contratos de compras a la Unamuro Fruits en el despacho de la villa...

Se podía hacer de todo en una fiesta de Masao Unamuro y Alice y Elvis habían optado por presentarse vestidos de noche, ella con un discreto modelo corto y escotado, de color azul, que le sentaba tan maravillosamente como todo, él con pantalón negro, camisa y chaqueta blanca, y corbata de lazo azul, del mismo color que el vestido de Alice. El conjunto, como siempre, resultaba una pareja impresionante y exótica. Sabían bien que una vez se dejaran ver, no iban a pasar inadvertidos de ninguna manera, así que no valía la pena hacer esfuerzo alguno en ese sentido.

Desde su ya cercano observatorio vieron que comenzaban a llegar automóviles a la casa. Algunos grupos de jóvenes comenzaron a alborotar y a disfrutar de las piscinas. Luego, ya comenzando a ponerse el sol, aparecieron otros automóviles ocupados por adultos de más edad... Había llegado la hora, y Elvis y Alice salieron de su escondite último y se encaminaron hacia el jardín. Estaban a menos de doscientos metros del límite de este, y una vez estuvieran en él lo más difícil estaría hecho, y solo habría que tener cuidado con que el señor Unamuro no viese a Alice...

Aparecieron de pronto, tras un instante en el que solo se oyó el súbito rugir de los motores.

En un instante varios *jeeps*, dos tractores, y una excavadora aparecieron en el trozo de terreno que estaban recorriendo Alice y Elvis... que al mismo tiempo se dieron cuenta de que también detrás de ellos aparecían vehículos y silenciosos hombres armados de rifles y pistolas. En diez segundos se encontraron en el centro de un círculo del que era una locura la sola idea de intentar escapar.

—Era lógico —refunfuñó Elvis—: Han tenido que vernos por medio de la TV. o nos han detectado por medio de la vigilancia electrónica.

—Yo hasta me inclino a decir que nos han visto directamente —

suspiró Alice—. Y tenemos que admitir, mi amor, que han sabido hacer bien las ansas. Dime la verdad: ¿tú te habías dado cuenta de la trampa?

—Claro que no. ¿Y tú?

—Tampoco —frunció el ceño graciosamente Alice—. Y la verdad, eso me molesta mucho.

—Ahí se acerca un Land Rover.

En efecto, uno de estos vehículos se acercó al borde del sendero por el que transitaban Alice y Elvis, se detuvo, y tres hombres se aparearon ágilmente. Dos de ellos eran jóvenes, atléticos, de mirada impávida y de oblicuos ojos. El tercero era Masao Unamuro, que se acercó a la pareja sonriendo con amabilidad no poco irónica.

—Señorita Westmoreland —saludó jovialmente—, ¡qué sorpresa encontrarla aquí! Estaba convencido de que no volvería a verla más.

—Pero, señor Unamuro —siguió el juego Alice—, ¿cómo no había de venir, si usted mismo me invitó a la fiesta?

—Es cierto —admitió el japonés—, pero pensé que después de lo que pasó anoche usted no se atrevería a venir.

—¿Qué pasó anoche? —alzó las cejas Alice Westmoreland.

—Dígame usted. Yo no lo sé, pero según Takashi ocurrió algo inquietante. Tengo entendido que han desaparecido cuatro de nuestros empleados con uno de mis coches y mi yate, con cinco personas a bordo. Takashi debe tener sus buenos motivos para relacionarla a usted con eso, supongo. ¿Quién es su acompañante?

—Elvis North de la Vigilancia Universal. Tal vez hayal usted oído hablar de ella: la Watch Wide World. Yo también pertenezco a esa misma agencia. Nuestra línea de trabajo consiste en asegurarnos por cualquier medio de que en el mundo persiste la relativa paz general y las aceptables condiciones mínimas de amenaza entre las gentes y los pueblos.

La negra, inteligente, directa mirada de Masao Unamuro iba de Elvis a Alice y viceversa, observándolos muy serio, con suma atención. Volvió a sonreír de repente y dijo:

—Me alegra oírle decir eso, señorita Westmoreland, pues implica que ambos se sentirán muy amistosamente inclinados hacia mí cuando conozcan mis proyectos. En resumen, se trata de que voy a hacerle un favor a la humanidad.

—Oh, no —gimió Alice.

—¿No le parece bien que haga un favor a la Humanidad?

—Cada vez que me he tropezado con alguien como usted, siempre estaba preparando alguna barbaridad enorme. ¿Cuál es la barbaridad que está preparando usted? Usted y sus amigos Chang, Ovonenko y Delaney, claro.

—Y su grupo de expertos en química — puntualizó Elvis.

De nuevo estuvo mirándolos especulativamente Masao Unamuro. Por fin asintió con la cabeza, y dijo:

—Temo que en estos momentos no voy a poder atenderles como sería mi deseo, pues debo atender a otros invitados. Si no les molesta pospondremos la charla unas pocas horas. Por favor, suban a ese *jeep* y vayan con mis empleados sin causar más complicaciones.

—¿En qué consiste ese favor que piensa hacer a la Humanidad?

—Digamos que... vivirán más alegremente. Ya no tendrán penas.

—Biológicamente el ser humano es propenso a la pena —dijo Alice—. Por ejemplo, por bien que le vayan las cosas a una persona no podrá evitar el sufrir en determinadas ocasiones: la muerte de su madre o de un hijo, una enfermedad que ocasione la amputación de sus piernas, la pérdida de la vista y cosas así. ¿Podrá evitar esas penas, señor Unamuro?

—Podré evitar todas las penas —rio el señor Unamuro—. Luego tendré el gusto de conversar más extensamente con ustedes.

Hizo una seña y los tres ocupantes de otro Land Rover que se había acercado saltaron del vehículo, se acercaron a Elvis y a Alice, le quitaron a esta su maletín forrado de raso negro, y procedieron a registrar a ambos meticulosamente, manoseando sin empacho alguno el cuerpo de la señorita Westmoreland. Es decir, que encontraron la pistola de esta pegada a su muslo izquierdo con una tira de esparadrapo, y la pistola de Kelao sujeta a la pantorrilla izquierda de Elvis por medio de una goma elástica. Masao Unamuro movió la cabeza como incrédulo ante tanta ingenuidad, y sin decir nada más, regresó a su *jeep* y partió acompañado de sus dos guardaespaldas favoritos.

—Les vamos a llevar a un chalé donde estarán muy bien —dijo uno de los dos hombres armados de Unamuro—, pero les advierto que tenemos órdenes de matarlos si intentan cualquier cosa que nos preocupe.

—No se ponga nervioso —sonrió Alice—: a Elvis y a mí nos encanta el confort y la tranquilidad. Y ya que hablamos de confort, y puesto que fui invitada por el señor Unamuro... ¿no tendríamos un poco de champán en ese chalé?

* * *

Los guardianes de Elvis y Alice eran realmente amables. Fueron a la casa a buscar una botella de champán para los prisioneros, y en ningún momento los molestaron de palabra a obra. Era talmente como si no estuvieran allí, bien distribuidos en el saloncito del chalé ubicado entre una densa arboleda en la que predominaban gigantescos helechos. En la quietud de la noche, se oía, como un encantador murmullo, la caída de la corriente de agua en un remanso.

—¿Y fumar? —preguntó Alice—. Supongo que no tienen ningún inconveniente en permitirnos fumar.

Uno de los guardianes se acercó y les ofreció cigarrillos, pero Alice le sonrió simpáticamente y rechazó:

—Preferimos los nuestros, si no le importa. Están en mi maletín. Y le aseguro que no llevo dentro de él ninguna bomba o cualquier otra clase de arma.

Por un instante, las miradas de los tres hombres fueron hacia el maletín de la señorita Westmoreland, la cual, precisamente con sus palabras ocasionó la sospecha. El mismo hombre que les ofreció los cigarrillos fue el encargado de abrir el maletín y de examinar su contenido. Por más que miró no encontró nada inquietante ni sorprendente, así que, por último, tomó el paquete de cigarrillos y se lo entregó a Alice, que mostró con una luminosa sonrisa su educación y su agradecimiento.

—¿Quiere usted uno? —ofreció.

—No, gracias —gruñó el hombre.

Ni él ni sus compañeros estaban en absoluto tranquilos, y ninguno sabía bien por qué, pues los prisioneros se estaban comportando irreprochablemente, tranquilos, pacíficos, amables. Se habían limitado a beber el champán, a conversar entre ellos de los hermosos campos cultivados, a preguntar si aquel chalé apartado de las plantaciones también era del señor Unamuro... No había ningún

motivo preocupante, y, sin embargo, ninguno de los tres hombres estaba tranquilo.

—Seguramente hay más hombres fuera del chalé —dijo Alice en ruso.

—Es de suponer, pero eso está previsto ¿Ya es la hora?

—Yo diría que sí —asintió Alice.

—Oigan, hablen en inglés —masculló uno de los guardianes.

Alice le miró, sonrió, y encendió dos cigarrillos, ofreciéndole uno al hermético Elvis North que se puso en pie. Hubo un movimiento colectivo de alarma en el saloncito cuando Elvis North se enderezó, pese a que su actitud, como lo había sido en todo momento, no podía ser más reposada.

—¿Qué les pasa? —rio Alice—. ¿Algo les preocupa?

Nadie contestó. Elvis caminó hacia el mueble bar del cual habían sacado las copas, y las miradas de los hombres le siguieron. Era el clásico error de menospreciar a la mujer, lo cual ya estaba previsto por Elvis y Alice. Esta apuntó su cigarrillo hacia los tres hombres, lo apretó, y repentinamente apareció por el extremo una brasa en chorro de fuego cuyo grosor era apenas el de una mina de lápiz, y que debido a la iluminación del lugar apenas se vio.

Pero la llama llegó, veloz como un disparo, al rostro de uno de los guardianes, cuando todavía estos no habían podido reaccionar. El hombre lanzó un aullido, y se llevó las manos al rostro, mientras los otros dos le miraban sobresaltados, y enseguida, miraban a Alice que desviaba el chorro de fuego del diminuto lanzallamas hacia otro hombre. El segundo consiguió esquivar el fuego, que, por otra parte, se extinguió en aquel mismo momento, y al mismo tiempo movió la mano que sostenía la pistola para apuntar a Alice...

Elvis North apareció ante él con la velocidad del rayo, desvió el brazo armado, y al tiempo con el puño derecho le golpeó en el entrejejo. El chasquido del golpe fue escalofriante, y el hombre salió disparado hacia atrás ya muerto, mientras que el tercero, tras querer también apuntar a Alice había decidido en el acto disparar contra Elvis, apuntaba a este y disparaba.

Plop, chascó el silencioso disparo. La bala pasó por encima de la cabeza del encogido Elvis... mientras la señorita Westmoreland, que se había lanzado de cabeza al suelo, apoyaba en estas ambas manos y describía un bello arco gimnástico con las piernas y los pies

apuntando al techo: pero uno de ellos terminó su recorrido en el pecho del hombre que estaba disparando contra Elvis, y el impacto fue tan fuerte que lo derribó sentado de golpe, con tremenda eficacia... y aquí recibió, ahora en la sien izquierda, el punterazo propinado por la señorita Westmoreland en otro bello giro que parecía el más depurado baile. El hombre puso los ojos en blanco y cayó de costado, muerto.

El que tenía el rostro abrasado se había sobrepuesto al dolor, comprendiendo que la situación por fin se había desequilibrado, e intentó entonces disparar contra la prisionera, la cual llevaba en aquel instante la parte de la acción.

Desde el suelo, con la pistola del hombre que acababa de matar de un puñetazo, Elvis North disparó. La bala se hundió en el estómago del hombre abrasado que lanzó un bramido, disparó al techo, y se volvió hacia Elvis.

Plop, plop, disparó este de nuevo. El espectáculo fue por demás desagradable, las dos balas penetraron en la cabeza del sujeto por la frente, y salieron por la coronilla formando dos horrendos cráteres que salpicaron a todos lados cabellos, masa encefálica, sangre y hueso astillado.

Elvis se apresuró a recoger las otras pistolas, mientras Alice se acercaba a la ventana y escuchaba.

—Parece que no han oído nada —informó—. Deben estar bastante alejados de la casa.

—Pues los atraeremos. Cámbiate de ropa.

—Oh, con lo encantador que es este modelito...

Elvis no le hizo caso, porque sabía que no era necesario. Alice haría en cada momento lo que se tuviera que hacer Y así fue. Rápidamente les quitaron la ropa a los sujetos muertos a golpes, se desnudaron ellos a su vez, y se pusieron la ropa de los muertos, sobre el *slip* negro Elvis y sobre el bikini azul Alice. Todo previsto.

—Saldré por detrás —susurró Alice.

—De acuerdo. Llévate esta, además de la tuya.

Le tiró a las manos una de las pistolas requisadas. Alice la tomó al vuelo, titubeó, y terminó por aceptar, se guardó la suya, más pequeña, en un bolsillo del pantalón masculino que vestía ahora, y se colocó la otra en la cintura. Luego, se fue hacia el fondo de la casa, llegó a la cocina, y sin encender la luz de esta, salió por la

puerta de atrás, deslizándose hacia el lugar, frente a la casa, donde había quedado el *jeep*. Se deslizó a su interior y quedó acurrucada, alerta el oído especialmente.

Apenas un minuto más tarde, salió Elvis del chalé, diciendo en voz alta desfigurada:

—Traeré dos botellas más y así no tendré que hacer más viajes.

Se acercó resueltamente al Land Rover, se sentó ante el volante, metió la llave en la ignición, y dio el encendido.

—Podrías preguntar si he conseguido llegar aquí, ¿no? —protestó Alice, en la oscuridad.

—Sabía que llegarías —replicó Elvis.

Arrancó, enfilando el camino. A derecha e izquierda vio algunos hombres situados quizá a doscientos metros de la casa. Nadie le detuvo en aquella parte, pero cuando había recorrido aproximadamente medio kilómetro apareció un hombre en el camino, sosteniendo una linterna farol, y junto a este hombre, otro empuñando un rifle.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —preguntó el del rifle.

—A buscar más champán para los prisioneros —replicó Elvis.

—¡Pues vaya una broma con el champán...! Oye. ¿Quién eres tú?

Los dos se habían acercado, y el de la linterna farol alzó la luz que dio de lleno en el rostro de Elvis North. El disparo que efectuó este acertó al desdichado en el rostro, y lo tiró muerto salpicando sangre fuera del camino. El otro sujeto lanzó una exclamación, comenzó a mover el rifle para apuntar a Elvis... y recibió en pleno corazón la bala disparada por Alice que acto seguido comentó, realmente afectada:

—Esto es horrible... ¡Tantos muertos!

—Empezaron por Rice, ¿no?

—Sí, es cierto, pero...

—Vamos, olvídale —gruñó Elvis—. Entiendo que a medida que vamos viviendo de este modo en lugar de insensibilizarnos más ocurra todo lo contrario, pero piensa en la clase de gente que nos rodea: no son trabajadores agrícolas, ¿de acuerdo?, sino pistoleros y matones, gente de esa que mata a su vecino de toda la vida porque un día no le saluda en el ascensor. Si hemos esperado tanto para iniciar el acercamiento a la casa fue para que precisamente llegase la hora en que los verdaderos trabajadores se fuesen, ¿no es así?

—Sí, es así, mi amor, pero... todo sigue siendo horrible.

—Está bien. Pero ya verás como lo que está preparando Unamuro es mucho peor. ¡Qué favor a la Humanidad ni qué...!

CAPÍTULO VII

Apareció cada uno por un lado de la piscina más cercana a la casa, que resplandecía de luz y parecía palpar al ritmo de una suave y dulzona música hawaiana. Alrededor de la piscina todo eran risas y hermosos cuerpos jóvenes, espléndidos de modo que la aparición de Elvis y Alice no causó desequilibrio alguno en la línea de belleza.

Elvis apareció ataviado con su slip negro. Alice con su bikini azul y portando el maletín, único detalle que podía atraer la atención hacia ella, además de su belleza, ciertamente.

Por fortuna había allí suficientes chicas guapas para que Alice no llamase la atención de modo especial, las había rubias, morenas, pelirrojas, castañas, teñidas de platino verdoso... De todo. Un grupito de preciosas jovencitas nativas bailaba junto a la piscina, al aire sus turgentes pechos de chocolate apenas cubiertos por los collares de flores.

—¿No es una lástima? —comentó Alice cuando se reunió con Elvis en el lado de la piscina más próximo a la casa.

—¿El qué?

—Todo esto... Hermosos jóvenes de ambos sexos, música, risas y champán, luna dorada, alegría de vivir... y mientras tanto unos cuantos canallitas están tramando hacerle un favor a la Humanidad. ¿Los has visto?

—No. Deben de estar dentro de la casa.

—Pues tendremos que entrar.

—¿Y cuál es el problema? —frunció el ceño Elvis.

—Dos. Uno: que las chicas de las alas delta a mí me conocen. Dos: que no creo que nadie entre en la casa en bikini.

—No íbamos a venir con la ropa que les quitamos a aquellos sujetos. Además, las chicas de las alas delta deben estar en el acantilado, preparando su numerito, supongo.

—Esperemos que sea así —asintió Alice—, pero no son las únicas que me vieron por aquí ayer por la mañana.

—Razón de más para que nos apresuremos a encontrar a Unamuro antes de que vayan a decirle que te han visto por aquí. Vamos a la casa: seguro que Unamuro está allí con sus amigos.

La tomó del brazo, y se encaminaron por la zona de césped hacia la casa, con toda naturalidad. Se cruzaron con algunos de los invitados que no les hicieron más caso del que requería una admirativa mirada a Alice (o a Elvis, si se cruzaban con damas), y con algunos jóvenes igualmente en bañador que parecían estar en todas partes. Llegaron a la casa, entraron en el magnífico vestíbulo... y Alice y Takashi Ichiro quedaron de repente frente a frente, contemplándose el uno al otro inicialmente atónitos. La primera en reaccionar fue Alice que rio quedamente y dijo:

—Hola, señor Ichiro. Encantada de volverle a ver. ¿Cómo va la fiesta?

El joven apuesto japonés se pasó la lengua por los labios. Junto a él había dos matrimonios vestidos correctísimamente de noche cuyas edades no eran inferior de los cincuenta y cinco años, que miraban ahora con simpática sonrisa a Elvis y a Alice. Las puertas del salón grande estaban abiertas, y en su interior, tomando aperitivos y cócteles no menos de cuarenta personas conversando y riendo. A la derecha, ante la puerta de la biblioteca, tres hombres conversaban copa en mano, uno de ellos exhibiendo un formidable habano. En la escalinata que había en el fondo del vestíbulo había cinco o seis damas enojadas y exquisitamente perfumadas y vestidas que descendían haciendo comentarios...

—Bien —murmuró por fin Ichiro, consiguiendo sonreír—. Muy bien, señorita Westmoreland.

—Lo celebro. Nosotros también nos estamos divirtiendo mucho... Le presento al señor North, Elvis North.

—¿Qué tal? —le sonrió Elvis tendiéndole la mano.

Ichiro se la estrechó, pero cuando quiso retirar la suya no lo logró. Miró a los ojos de Elvis, y vio la negra mirada páfida fija en él. Alice sonrió encantadoramente a los dos matrimonios de edad madura.

—¿Nos disculpan un momento? —pidió—. Tenemos que conversar un par de minutos con nuestro querido Takashi.

—No faltaba más —sonrió uno de los caballeros—. Luego nos veremos, Ichiro.

—Sí... Desde luego, señor Royce.

La mano del japonés seguía sujeta por la derecha de Elvis. Alice esperó a que se alejaran los dos matrimonios, y se tomó cariñosamente del brazo izquierdo de Ichiro.

—Presumo que usted es por lo menos cinturón negro de judo o de karate —dijo como si estuviese hablando de arte—, pero le aseguro que Elvis tiene muy mala uva, y que puede matar a un oso de un puñetazo. Eso aparte, yo tengo una pistola. De modo que... ¿le parece bien que solventemos esto en un sitio tranquilo, adecuadamente?

—Está bien. Pero dígame a su amigo que me suelte.

No hizo falta que Alice dijera nada. Elvis soltó la mano de Ichiro y se colocó detrás de este y de Alice, escoltándolos hasta un pequeño despacho del fondo que eligió Ichiro, convencido efectivamente de que la sorprendente pareja quería como punto de partida conversar con él.

Se equivocó completamente, nada más entrar en el despacho, Elvis le golpeó con el canto de la mano en la base del cuello, y el joven japonés se encogió, crispado, barbotando una frase en su idioma y alzando el brazo izquierdo para golpear a Alice con el codo en el rostro... Fue Alice quien le golpeó a él tras un veloz giro que le colocó frente a Ichiro. Este recibió el golpe en la sien izquierda, giró... y recibió en la barbilla el tremendo trallazo propinado por Elvis North que lo fulminó sin sentido. Alice lo recogió en brazos sin dejarlo caer al suelo y lo dejó sentado en uno de los sillones del despachito, registrándolo a continuación, velozmente. Nada, ni una sola arma.

Elvis procedió a registrar todo el despacho, consiguiendo como único botín un rollo de cinta adhesiva, con la cual ataron pies y manos de Ichiro y lo amordazaron.

—Me parece que en la planta baja solo quedan dos habitaciones en las que puedan estar Unamuro y los otros. Y no creo que estén mucho rato, dejando solos a los invitados.

—Querrás decir a los invitados «normales» —gruñó Elvis—, porque está claro que estas fiestas son pretexto para justificar la presencia en esta casa de determinados personajes. Y además debe de haber algo en esta casa que Unamuro quiere mostrar, pero sin sacarlo de ella.

—O sea, algo que no se puede sacar de la casa.

—Seguramente.

—Bueno, de una casa se puede sacar incluso un piano, de modo que si ahora se trata de algo que no se puede sacar de la casa es porque forma parte de ella. ¿Estás de acuerdo, mi amor?

—Por completo.

—Entonces ha de ser una pared, un trozo de tejado, un trozo de suela... o una de las dependencias de la casa en la cual hay algo que debe permanecer allí. Y sabiendo como sabemos que Unamuro y sus amigos están en tratos con un grupo de químicos... ¿qué te parece a ti que puede haber era esta casa que el señor Unamuro quiera enseñar a algunas personas que han acudido a la fiesta?

—Un laboratorio.

—Dios mío —abrió mucho sus bellísimos ojazos azules Alice—. ¿Cómo puedes ser tan listo, mi amor?

Elvis soltó un gruñido, y señaló hacia la puerta del despacho.

—Salgamos de aquí. Tenemos que encontrar ese laboratorio.

—No lo encontraremos —negó con la cabeza Alice para subrayar su convencimiento—. Estuve recorriendo estos lugares, y si hay un laboratorio está bien escondido. Posiblemente sea un sótano bien acondicionado, y con sistemas de vigilancia y seguridad. ¿Sabes cuál es el único medio que tenemos para encontrarlo y tener alguna posibilidad de entrar?

Elvis asintió, se acercó a Takashi Ichiro, y lo despertó de dos escalofriantes bofetadas. El japonés se quedó mirándole con los desorbitados ojos llenos de lágrimas. Alice abrió su maletín, y sacó unas tijeras de manicura, que colocó ante el rostro de Ichiro.

—Señor Ichiro, Le aseguro que detesto estos procedimientos, pues los considero salvajes, obtusos y obsoletos. Sin embargo, en ocasiones no hay más remedio que acudir a ellos. Por ejemplo, cuando se tiene prisa. Mire, no me gustaría ni siquiera decirlo pues son métodos que he superado hace tiempo, pero si usted no me dice dónde está el laboratorio yo le voy a recortar los párpados con estas tijeras, y si veo que eso no le impresiona demasiado, escuche bien lo que le digo, le cortaré el glande. Usted sabe que no estoy bromeando, señor Ichiro. ¿Hacemos un trato?

El joven japonés que estaba lívido, asintió con gestos. Elvis le arrancó sin contemplaciones la mordaza formada por su propio

pañuelo metido en la boca y sujeto en la nuca por tiras de cinta adhesiva que además rodeaban todo su rostro.

—Está abajo —jadeó Ichiro—. Está en el subsuelo del garaje, y... se llega allí desde el garaje mismo, o desde... desde la sala de juegos... anexa al despacho del señor Unamuro...

Elvis y Alice se quedaron contemplándolo críticamente. Y como siempre, fue Alice la que se mostró más locuaz.

—Caramba —sonrió fríamente—, sí que ha sido usted expresivo y explicativo, señor Ichiro. ¡Qué amable! Pero precisamente a usted me temo que no le preocupa que nosotros lleguemos a ese sótano, lo que significa que hay una muy buena y muy lógica vigilancia en él. ¿Correcto?

—Sí —dijo rencorosamente Ichiro—. ¡Ustedes no saldrán vivos de esta villa!

Elvis y Alice se lo quedaron mirando con una expresión que solo podría describirse como irónicamente incrédula. Alice terminó por sonreír abiertamente, diciendo:

—¿Aceptaría una apuesta relacionada con eso, señor Ichiro?

—¿Qué quiere decir?

—Usted está seguro de que nosotros no vamos a poder escapar de la casa, y mucho menos de la plantación: digamos, para resumir, de todos los terrenos que ocupan las posesiones del señor Unamuro. ¿Correcto?

—Correcto —entornó los párpados el japonés.

—Hagamos la siguiente apuesta: si nosotros conseguimos escapar, usted nos dice qué clase de favor está preparando a la Humanidad el señor Unamuro, sus amigos o sus socios, y ese grupo de químicos. Si no conseguimos escapar, nosotros le dejaremos seguir viviendo. ¿Qué le parece?

—Lo que está diciendo es absurdo.

—Se lo explicaré de otro modo, para que nos entendamos: Usted nos dice qué está tramando el señor Unamuro, y nosotros nos vamos de este despacho dejándole a usted vivo. Si escapamos, como usted ya habrá perdido la apuesta ya nos llevaremos el premio, que consiste en la información que usted nos ha facilitado, si no escapamos, que es lo que usted cree, poco importa que usted nos haya facilitado esa información, ya que no podremos trasladársela a nadie.

—Es usted muy lista, ¿verdad? —gruñó Ichiro.

—Sí que lo soy —admitió Alice.

—¿Y si no acepto la apuesta?

—Si no acepta la apuesta —intervino Elvis, haciendo comprender a Ichiro que las cosas iban mejor cuando él estaba callado— nosotros vamos a tener dificultades para todo, pero a usted eso no le compensará en nada.

—¿Quiere decir que me matarían?

—No —rechazó con tono de sinceridad Elvis North—; simplemente, le pincharé a usted los ojos, le cortaré los diez dedos de las manos, y lo dejaré castrado y con el pene amputado. Aparte de eso, tiene mi palabra de honor de que le dejaremos con vida, no faltaría más.

—No harían eso —jadeó el japonés, tras unos segundos de profundo terror que le puso los pelos de punta.

Elvis miró a Alice, y dijo:

—¿Ves como a la larga siempre tengo razón yo? Siempre te digo que hablas demasiada que concedes demasiada beligerancia a esta clase de tipos, que ya de inicio debemos demostrarles la mala leche que podemos tener... Y tú empeñada en resultar más bien simpática y amable. Casi nunca te sirve de nada, ¿lo estás viendo?

—Tienes razón —suspiró Alice—. Bueno, hazle todo eso que has dicho mientras yo echo un vistazo por ahí fuera para ver cómo están las cosas.

—De acuerdo.

Alice se dirigió hacia la puerta del despachito, y Takashi Ichiro la siguió con la mirada. Luego miró a Elvis, que se había quedado con las tijeras de manicura y que le contemplaba de modo absolutamente pérfido, malvado e incluso sádico.

—Un momento —jadeó—. ¡Un momento no pueden... no pueden hacer una cosa como esa...!

Alice se volvió a mirarlo, movió la cabeza, y puso la mano en el pomo de la puerta. Elvis agarró a Ichiro por los cabellos con la mano izquierda y colocó las tijeritas ante su rostro...

—¡Está bien, está bien, les diré eso que quieren saber! —aulló el japonés— ¡Acepto la apuesta!

Alice le miró como dubitativa, pero terminó por regresar sobre sus pasos, y se sentó en otro sillón delante de Takashi Ichiro. Este se

pasó la lengua por los labios de nuevo, y tragó saliva.

—Los químicos están aquí para terminar de estudiar la propuesta y las ideas del señor Unamuro respecto a una plantación de diversos productos agrícolas que contendrían injertos alucinógenos —murmuró—. Se trata de organizar una plantación piloto para perfeccionar el sistema. No solo hay ingenieros químicos o no sé qué demonios, sino profesores en agronometría, ingenieros agrícolas y gente así. El señor Unamuro tiene unas notas que hace tiempo le vendió un viejo labrador tailandés que se había dedicado prácticamente toda su vida a plantar drogas. Estas notas indican qué debe hacerse para injertar plantas alucinógenas a cualquier producto agrícola, como el trigo, las piñas, el café, el maíz, los tomates, las patatas... ¡Todo!

Elvis y Alice le miraban impávidos, silenciosos. Por fin, Elvis murmuró:

—¿Quiere decir que existe la posibilidad de que con esas notas del señor Unamuro esos técnicos agrícolas puedan convertir determinados productos agrícolas o todos, en plantas alucinógenas?

—Sí... sí, ese es el plan. Están... organizando una sociedad de gente que dispone de recursos y contactos para introducir semillas manipuladas en las grandes zonas de cultivo de los mayores productores del mundo, de modo que dentro de un máximo de cinco años en el cincuenta por ciento de los productos alimenticios agrarios del mundo estarían manipulados, contendrían una cantidad de droga tal que... que afectarían a la gran mayoría de la masa humana consumidora de esos productos.

—Lo que significa que media humanidad estaría... bajo los efectos de la droga de un modo digamos... persistente, ingestión más o menos directa de la droga, pero si lo suficientemente transformada para no razonar ni siquiera con el mínimo de sentido común que se le debe suponer normalmente. ¿Es eso?

—Sí... Sí.

—¿Y con qué objeto se haría eso? —susurró Alice.

—Actualmente las grandes masas humanas poco favorecidas por la distribución de los alimentos y bienes diversos en el mundo están sojuzgadas por los países ricos. Pues bien, se trata que al ingerir los alucinógenos esas masas humanas se rebelaran contra la situación de dependencia, de caridad o de negocios, de chantaje y

obedeciendo las consignas del grupo se alzarán hasta apoderarse de todos los resortes del mando de cada país, incluidas las fuerzas armadas y sus dispositivos. Considerando que esas grandes masas humanas estarían... agradecidas al grupo por el favor que acaban de recibir de ellos al librarlos del hambre y la dependencia de los poderosos y hasta de sus propios tiranos, se pondrían a su servicio... a cambio de nuevos suministros de alimentos que continuarían teniendo cada vez más cantidad de alucinógenos. Finalmente, con mil millones de seres drogados, el grupo se alzaría en el control humano, militar y económico de todo el mundo Y naturalmente, en el futuro seguirían sometiendo a la masa humana a la acción de alucinógenos, cada vez más. Hasta que no quedase en el mundo más seres humanos vivos que los que estuvieran sometidos al poder del grupo, a su poder mundial. Y así no solo controlarían todo el poder en todo el mundo, sino que podrían disponer de las masas a su antojo. Si querían que se mataran entre ellos, o se suicidaran en masa, o que se dedicaran a trabajar o a cualquier cosa, mansa y obedientemente, como simples bestias, solo tendrían que ordenárselo. El grupo sería, en fin, dueño y señor de todos los seres humanos de la Tierra.

Alice estaba pálida y parecía haber quedado muda. Elvis preguntó:

—¿Y en que consiste el favor a la Humanidad? Porque yo, la verdad sea dicha, todavía no he terminado de comprenderla.

—Consiste en que la Humanidad se ahorraría el tremendo esfuerzo de pensar y de tener libre albedrío. A cambio de ello se evitaría tantas fatigas, hambres y penalidades de toda clase como está teniendo ahora, pues todas sus necesidades estarían cubiertas por los alimentos preparados, y hasta serían felices, dejarían de tener penas. Igual que los animales de un corral, que no sienten ni padecen, ni tienen preocupaciones de ninguna clase. Simplemente, comen, son utilizados. Y mueren cuando le conviene al ama o trabajan o se reproducen... Una masa humana sin preocupaciones. Una masa humana dócil, agradecida, obediente. ¿Eso no es hacerle un favor a la Humanidad?

Alice que finalmente había cerrado los ojos durante la última parte de la cada vez más excitada explicación de Takashi Ichiro, los abrió, miró al fanático japonés cuyos ojos relucían, y murmuró:

—Mátalo.

Ichiro pareció no comprender, de momento. Pero acto seguido respingó, y miró sobresaltadísimo a Elvis North que le contemplaba sombríamente.

—No —jadeó—. ¡El trato que hemos hecho...!

El puñetazo de Elvis North le acertó en la sien izquierda. No fue un puñetazo de los llamados demoledores, sino un golpe medio, científico... y suficiente para matar al fanático en el acto. Takashi Ichiro, tan asesino como todos cuantos intervenían en aquel alucinante asunto, pasó de la vida a la muerte en un instante, con la boca abierta y un gesto de sobresalto en su atractivo rostro.

En absoluto alterado, Elvis murmuró:

—Podemos marcharnos de aquí ahora mismo y acto seguido organizar una invasión en toda regla de este lugar... pero me parece que la solución no te satisfaría demasiado.

—No —negó Alice—. Tienes razón: cuando nos marchemos de aquí quiero tener la certeza de que esos cuatro criminales jamás podrán poner en marcha sus planes en sitio alguno.

—Dicho de otro modo más claro: que no nos marcharemos de aquí hasta haberles matado.

—Exactamente. Los demás no importan demasiado: o desistirán de esos planes o serán cazados por ahí en grupos de uno a uno... pero esos cuatro pueden escapar si nos descuidamos, reunirse en otro lugar, y empezar de nuevo con recursos económicos que sin duda tienen a su disposición en varios lugares del mundo. No podemos marcharnos dejándolos vivos.

—De acuerdo. La fuga la tenemos asegurada, lo que no tenemos tan seguro es la localización de esos cuatro bestias. Vamos a suponer que están debajo de nosotros en este momento, y que también es cierto que se puede llegar a ese laboratorio desde el despacho de Unamuro y desde el garaje... ¿Cómo encontramos la entrada? ¿Cómo podemos nosotros dos solos...?

—Empecemos por el principio —propuso Alice—: ¿Crees que somos capaces de encontrar el despacho del señor Unamuro?

—Eso sí, naturalmente.

—Y una vez allí... ¿realmente no te crees capaz, de encontrar el camino que desde el despacho desciende a los sótanos?

Elvis se quedó mirando largamente a Alice. Por fin, cosa en

verdad poco frecuente en él, sonrió, aunque frunció el ceño, asió a Alice por las preciosas orejitas, la atrajo, y la besó en los labios... ante la cristalizada mirada de Takashi Ichiro.

—Tengo la certeza de que el señor Unamuro se va a llevar uno de los más grandes disgustos de su vida —deslizó.

—Y casi podrías asegurar que será el último —sonrió Alice.

Elvis asintió, la volvió a besar, y señaló la puerta.

Apenas salir del despachito oyeron la música, y el rumor de docenas de voces. Siempre ocurrían cosas así: había gente normal, aceptablemente honesta que era utilizada por los canallas: hacían el papel de inocentes comparsas.

—Es una lástima estropear una fiesta como esta —dijo Alice.

—Pues no la estropeemos. ¿Cuál es el sistema más rápido para localizar el despacho de Unamuro?

—Preguntar a un criado —alzó un dedito Alice—. Yo me encargo de ello. ¿O te parece que es demasiado riesgo para mí?

Elvis soltó un gruñidito, y Alice se alejó de él, sonriendo. En el amplio vestíbulo no había demasiada gente, pero sí en el resto de la casa, y por la puerta abierta entraban y salían continuamente invitados, todos felices y contentos, todos disfrutando de la fiesta... Elvis vio a Alice conversando con un camarero de blanca chaquetilla corta; el hombre la miraba entre alarmado e incrédulo, y Elvis tuvo que hacer un esfuerzo para contener una sonrisa. ¡A saber el cuento chino que estaría contándole Alice al pobre hombre...! Como fuese, consiguió hacerse acompañar por él, hasta que ambos se detuvieron delante de Elvis.

—Este amable muchacho nos va a acompañar, mi amor —indicó Alice—. Pero le he prometido que mencionaríamos de modo expreso su gran ayuda al señor Unamuro.

—Desde luego que sí —asintió Elvis siguiendo el juego.

El camarero les precedió, guiándolos hacia la última puerta a la derecha del vestíbulo, muy cerca del arranque de la escalinata. Señaló la puerta, y Alice asió la manilla y la bajó. La puerta cedió. Alice empujó, y entró. El despacho, que tenía un amplio ventanal que daba al fondo de la casa era muy grande, sobriamente amueblado, con profusión de plantas por todas partes. Elvis también había entrado, empujando amablemente ante él al camarero.

—Lo que no debe saber usted es dónde está la entrada al sótano

donde está el laboratorio, ¿verdad? —preguntó Alice.

El hombre quedó estupefacto. Era tan evidente que no sabía de qué le estaban hablando que su ayuda resultaría nula a partir de ese momento. Casi con delicadeza Elvis le golpeó con el canto de la mano en un lado del cuello, y el hombre pareció sufrir una sacudida eléctrica, suspiró y se desplomó sin sentido. Alice colocó sobre la mesa de despacho el maletín que abrió inmediatamente. Elvis comenzó a caminar de un lado a otro del despacho dando taconazos secos y breves. En ningún momento golpeó en hueco, pero sí supo apreciar la diferencia de sonido en un sector del piso próximo a la puerta que comunicaba la puerta del despacho con la sala de juegos anexa, en la que se veía un billar americano, máquinas electrónicas de toda clase de juegos...

—Tiene que estar por aquí —dijo Elvis.

Alice que ya había retirado de su estuche media docena de pequeñas ampollas que parecían de papel de aluminio, las dejó sobre la mesa junto al maletín y se reunió con Elvis, comenzando a buscar los dos el resorte o el sistema de abertura de la trampilla que conducía al sótano... Fue Elvis quien lo encontró, y muy pronto. Simplemente palpando el marco de la puerta de separación del despacho y la sala de juegos dio el mecanismo; se oyó un chasquido, hubo una leve trepidación en el suelo y un rectángulo de este, de madera, se desplazó por debajo del nivel normal, dejando visible el tramo de escalones.

—Prueba a ver si funciona siempre igual —dijo Alice.

Elvis abrió y cerró varias veces la compuerta, siempre presionando el mismo sitio del marco de la puerta. Alice fue a por las ampollas, las tiró al fondo del hueco, y se apartó rápidamente... Abajo habían sonado sendas explosiones y una humareda densa empezó a formarse inmediatamente. Elvis cerró la compuerta. Alice sacó la pistola de entre los senos, y disparó contra el mecanismo, deteriorándolo. Elvis comprobó que, en efecto, aquella compuerta no podría ser abierta, y señaló hacia la puerta. El criado estaba recuperando los sentidos, de modo que, al pasar junto a él, Elvis volvió a golpearle como quien no quiere la cosa. Alice estaba colocándose de nuevo la pistola entre los senos, hundiéndola de modo que quedase lo más oculta posible teniendo en cuenta lo reducido del bikini.

—Saldrán corriendo como ratas —opinó, ya oculta la pistola y caminando hacia la puerta.

Salieron del vestíbulo, lo cruzaron tranquilamente, y salieron de la casa. Se fueron hacia la piscina más cercana, donde el grupo de muchachas seguía bailando, infatigables...

—Ya sabes que siempre te soy fiel —comentó Elvis—. Pero cuando veo unas jovencitas tan encantadoramente bailando estas danzas polinesias...

—¿Qué? —miró agresivamente Alice.

—Bueno, digamos que si alguna vez te soy infiel tendría que ser con una polinesa. Una chica como estas, ¿comprendes?

—¿Tienes ganas de discusión?

—No, solo era un comentario. Sé sincera: ¿a ti no te parecen encantadoras estas muchachas?

—¿Y qué me dices de los muchachos? —desafió Alice.

—Ah, también, también...

Caminaban hacia el garaje situado a la izquierda de la casa vista de frente. Desde la palanca una pareja de jóvenes se lanzaba al agua en aquel momento, riendo. A lo lejos, la luz de la luna se reflejaba en la nieve del Mauna Kea... y toda esta belleza quedó rota de pronto en el cielo por la aparición de un extraño objeto cuyo estrépito se sobrepuso pronto a la dulzura de la música hawaiana. Elvis y Alice se detuvieron contemplando el aparato, que comenzó a descender cuando llegó a la zona de la parte de atrás de la hermosa mansión.

—A ver si lo adivino —murmuró Elvis—: el señor Unamuro sabe que las cosas se están complicando, aunque a nosotros nos tenga prisioneros... o crea tenernos, y ha dispuesto que sus socios principales se marchen de aquí en cuanto la conferencia proalucinógenos haya terminado Y si el helicóptero ya está aquí es que esa conferencia no puede tardar mucho en terminar. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Pues apresurémonos a ir al garaje. Además, no pueden tardar mucho en comenzar a salir empujados por el humo de tus graciosos artefactos.

Se dirigieron resueltamente hacia el garaje, a paso más rápido... Al otro lado de la piscina, la imponente y espléndida Caroline, la

directora de las chicas-pájaro, contemplaba con expresión indecisa a la señorita Westmoreland, que se dio cuenta de ello, y se agarró a una mano de Elvis, el cual la miró.

—¿Ves a aquella escultura viviente al otro lado de la piscina? —preguntó Alice.

—Cómo no.

—Es Caroline, la instructora de las fierecillas vigilantes del lugar.

—Lo que faltaba. Me parece que nos estamos metiendo en un cepo del que no vamos a poder salir. No deberíamos sobrevalorarnos, mi amor.

—Quiero matar a esos canallas —profirió Alice.

—Y yo también, pero sé razonable, cariño. Ahora todavía podemos intentar la fuga según nuestro plan, pero si nos metemos en el garaje puede convertirse en nuestra tumba, teniendo en cuenta que Caroline nos ha visto... Y está haciendo señas a alguien.

A partir de ese momento todo sucedió con una rapidez extraordinaria, y todos los elementos se jugaron en contra de los propósitos de Elvis y de Alice; por un lado de la casa aparecían dos hombres equipados de tal modo que se comprendía enseguida que eran los que habían llegado en el helicóptero; de la casa salía gritando el camarero golpeado dos veces por Elvis... y del garaje salían corriendo algunos hombres gritando con más que considerable histeria... seguidos por masas de humo negro. Uno de esos hombres, que tosía fuertemente, divisó a Elvis y Alice a menos de quince metros de distancia, y los señaló furiosamente, dando una orden que nadie entendió, pues ahora todo el mundo estaba gritando alrededor de la piscina y en la puerta de la casa. Alice identificó inmediatamente al sujeto que daba las órdenes, sacó la pistola de entre los senos, le apuntó brevemente, y le disparó.

No se oyó más que un suave «plop», y la diminuta bala fue a clavarse en el hombro izquierdo de Masao Unamuro en el momento en que el sobresaltado japonés intentaba ponerse fuera de tiro, consiguiendo al menos salvar la vida, pues la bala, de no haberse movido, le habría alcanzado de lleno en el corazón...

—¡Corre! —gritó Elvis.

Echaron a correr los dos, metiéndose a propósito entre los invitados de la fiesta, de modo que los hombres de Unamuro que

exhibieron pistolas no pudieron disparar contra ellos por temor a herir o matar a los invitados... Caroline estaba gritando órdenes, y corría en pos de los fugitivos. No parecía llevar arma alguna, ni tampoco las otras muchachas lo que ratificó a Alice en su opinión de que debía tener las pistolas escondidas en varios lugares del jardín.

En cuestión de segundos Elvis y Alice habían dejado atrás a sus perseguidores, dando muestras de unas condiciones físicas admirables. Encabezando la persecución iba Caroline sin dejar de gritar órdenes: detrás de ella tres de sus preciosas sicarias, y un poco más atrás algunos de los hombres de la villa que hasta entonces habían aparecido como unos invitados más...

—¡Sigue! —jadeó Alice—. ¡Te alcanzo enseguida!

—¡Pero qué dices...! —aulló Elvis.

Alice, simplemente, había dado la vuelta, y corría al encuentro de Caroline que la miró estupefacta, se detuvo en seco, y alzó las manos como queriendo detener las balas que Alice podía dispararle con su pequeña pistola.

Pero no eran estas las intenciones de Alice, ni mucho menos, que se acercó más a la espectacular muchacha, alzó una pierna, y hundió la punta del pie en el vientre de Caroline que lanzó un bramido y dio un salto acrobático para terminar cayendo sentada.

—¡Venga, ponte en pie! —exigió Alice—. ¡Te voy a dar una paliza que nunca olvidarás, fanfarrona! ¡Ya te enseñaré yo a mirarme con desprecio!

Se acercó a ella, esperó a que terminase de ponerse en pie, y le lanzó otro golpe, acertándole ahora con el talón en la boca, partiéndole los labios y derribándola de espaldas sobre la hierba. Elvis llegó, y agarró a Alice por la cintura, tirando de ella.

—¡Pero qué te pasa! —gritó—. ¡Nos van a alcanzar todos! ¡Vámonos!

Alice se desasíó bruscamente, acudió de nuevo al encuentro de la aterrada Caroline, y de un revés con la mano izquierda prácticamente le puso la nariz en el cogote. Caroline lanzó un rugido de rabia, y con los ojos llenos de rabia se abalanzó como una fiera contra Alice... que la esperó, la recibió sobre la cadera derecha, y la lanzó hacia el cielo en un escalofriante *uchimata* de judo. Elvis llegó, agarró a Alice por la rubia cabellera y tiró de ella

fuertemente, obligándola a seguirle... mientras Caroline, tras el vuelo espectacular, manoteando, caía de cabeza y de espaldas y se rompía varias costillas y dos vértebras del cuello, quedando inmóvil sobre la hierba...

—¡Suéltame! —gritó Alice—. ¡Ya corro!

Elvis la soltó, y al mismo tiempo lanzó una exclamación de alarma al ver aparecer, procedentes del acantilado, tres de las chicas de Caroline, que corrían a su encuentro, atraídas por el alboroto, pero sin saber todavía qué estaba ocurriendo.

Una de ellas había recogido ya su arma del escondrijo, evidentemente captó la situación, se detuvo, y al identificar a Alice la apuntó con la pistola... Siguiendo el impulso de la marcha de Elvis North saltó, elevándose más de medio metro, y describió un arco velocísimo que terminó delante de la muchacha armada en el momento en que esta se disponía a disparar... El puntapié de Elvis North la acertó en la frente, se la hundió como si fuese de cartón, y la derribó de espaldas como bajo los efectos de un cañonazo. Elvis cayó sobre los dos pies, lanzó un tremendo codazo hacia su derecha, y otra de las chicas salió despedida con la mandíbula rota y sin sentido. La tercera mujer, que empezaba a barruntar que se las estaban viendo con personajes verdaderamente por encima de sus posibilidades, ni siquiera pudo tomar decisiones en ningún sentido: Alice llegó corriendo, posó por su lado sin dejar de correr, y la derribó con un *ura-ken* en los senos que dejó a la muchacha tendida y sin aliento, creyendo morir...

Elvis corría adelantándose a Alice, y así, ella a pocos metros de él y llevando ambos detrás una jauría de perseguidores armados, llegaron hasta el lugar donde estaban las alas delta. Elvis ni siquiera se lo pensó, agarró una de ellas, se la colocó bien, continuó corriendo... hacia el borde del acantilado, ahora menos velozmente, debido al peso y a la resistencia que ofrecía al aire el aparato volador. Alice lo alcanzó, se agarró con él a la barra, continuaron corriendo los dos... y tres segundos después el suelo desaparecía bajo sus pies, y toda la iluminación de Hilo aparecía bajo ellos, y al fondo el mar reflejando la luna...

—¡Te lo dije! —gritó Alice—. ¡Por aquí se podía escapar!

—¡Por lo que más quieras! —gritó también Elvis—. ¡Cállate y agárrate bien!

—¡Vamos hacia la playa!

—¡Que sí! ¡Pero cállate!

En el borde del acantilado los atónitos perseguidores ni siquiera se molestaron en disparar con sus pistolas, pues sabían que los dos perseguidos ya estaban fuera del alcance de las balas. Y mientras todos se quedaban contemplando las evoluciones del ala delta alejándose, uno de los hombres regresó a todo correr hacia la casa, encontrándose a mitad de camino con Masao Unamuro, que caminaba hacia allí ayudado por otros dos hombres, lívido, descompuesto por la rabia su rostro habitualmente amable y flemático.

—Se... se han escapado con... con uno de esos aparatos voladores de... de las chicas, señor Unamuro... —jadeó el hombre.

—Corre a decirle a Endo que venga hacia aquí con el helicóptero, aunque lleve a los tres pasajeros. ¡Que venga aquí a recogerme!

El hombre continuó corriendo mientras Masao Unamuro se quedaba allí mismo. No valía la pena continuar detrás de unos fugitivos a los que no iba a poder alcanzar... a pie. Pero sí en helicóptero, y en cuanto el aparato apareció, volando muy bajo, Unamuro sonrió cruelmente.

—Ya os voy a enseñar yo quién es Masao Unamuro —jadeó.

El helicóptero se detuvo a la distancia mínima prudente, y Masao Unamuro corrió tras de él tras soltarse bruscamente de las solícitas manos de sus empleados, y subió a bordo ayudado por dos de sus tres invitados, que estaban muy preocupados.

—¿Qué ocurre ahora? —exclamó el ruso Ovonenko—. ¡Habíamos convenido que nosotros tres nos íbamos cuanto antes de aquí con el helicóptero...!

—Y así será —replicó Unamuro—. Solo se trata de divertirnos un poco más antes de despedirnos. ¡Endo ya sabes lo que tienes que hacer! No pueden estar muy lejos de aquí, tienes que encontrarlos.

—Seguro que sí, señor Unamuro —sonrió el melenudo piloto japonés mostrando el brillo de un diente de oro—. Ya vera como localizamos pronto a ese pájaro de colores. ¿Verdad, Takeo?

—Apuesta a que sí —asintió el otro japonés, calvo y de expresión no menos siniestra que la de su compañero.

El helicóptero volvió a elevarse, e inmediatamente partió en

busca de los dos fugitivos.

* * *

Los dos lo oyeron perfectamente, y los dos volvieron la cabeza y lo vieron acercándose procedente del interior de la Isla, reluciendo a la luz de la luna.

—Ahí lo tenemos... —dijo Alice—. ¡El deseo de venganza es una emoción irresistible, mi amor!

—Creo que estamos locos —gruñó Elvis que gobernaba el ala delta con aceptable pericia—. ¡Ya deberíamos haber iniciado el descenso hacia la playa!

—Pero entonces no nos habrían visto, mi amor.

—¡Precisamente! ¡No tenemos por qué llegar a este extremo: era más que suficiente presentar el informe y dejar a Unamuro en manos de todos los demás! ¡Ahí llegan...!

Ya ni podían entenderse, pues el helicóptero estaba muy cerca de ellos. Volaba a unos cien metros por encima de tierra firme, prácticamente encima del mar. Era cierto que ya podían haber llegado a tierra firme, pero la trampa estaba funcionando. Incluso Elvis comenzaba a creérselo. Allá tenía el helicóptero, volando paralelamente a ellos. Los dos pudieron ver el brillo de un diente de oro en el rostro del piloto, y detrás, apareció el rostro teñido de color dorado de luna del señor Unamuro. Le vieron gesticular, gritar, sonreír siniestramente...

—¿Qué dice? —gritó Alice—. ¡No le entiendo!

El helicóptero, siguiendo el piloto las instrucciones de Unamuro, se acercó más al ala delta en el que viajaban Alice y Elvis, ambos fuertemente agarrados a las barras. La voz de Unamuro llegó como ráfagas hasta ellos, por entre el rugir del helicóptero y del viento:

—...igual que a Rice... con... ametralladoras... al fondo del mar...

—¡De acuerdo! —gritó Alice—. ¡Si donde quieren ir es al fondo del mar, voy a complacerles!

Elvis quedó agarrado a la barra con una sola mano; con el otro brazo rodeó la cintura de Alice, sujetándola fuertemente: Alice se soltó entonces de la mano derecha, sacó la pistola de entre los senos, y apuntó hacia el helicóptero, que estaba a menos de diez metros, zarandeándolos con el aire de sus aspas.

Fue una pantomima de lo más expresiva la que se representó en el helicóptero. El piloto japonés del diente de oro cambió totalmente de expresión, Masao Unamuro quedó estupefacto, y el compañero del piloto, que se dio cuenta de lo que iba a intentar Atice Westmoreland, lanzó una maldición, y comprendiendo que no podía usar las ametralladoras, de tiro frontal, contra los navegantes aéreos, sacó su pistola de debajo de la cazadora de lona...

En aquel mismo instante la señorita Alice Westmoreland apretaba el gatillo de su especial pistola, en cuya boca de fuego relució brevemente una diminuta luz rojiza.

La bala dio en la sien izquierda del piloto del helicóptero, este sacudió con la cabeza como diciendo que no, se abatió hacia delante acto seguido, y bruscamente las aspas dejaron de girar y el helicóptero se precipitó velozmente con horrendo silbido hacia tierra firme.

Todavía volando en el frágil juguete deportivo, Elvis y Alice pudieron ver perfectamente cómo en la pequeña playa solitaria el helicóptero se estrellaba con siniestro crujido y se convertía inmediatamente en una bola de fuego.

ESTE ES EL FINAL

El hombre llegó en coche, dejó este frente al bungalow, y caminó a pie acercándose. Pero desvió la marcha al ver en la playa el humo de un cigarrillo, bajo el encantador parasol de ramas. Se metió en la arena sin quitarse los zapatos, llegó junto al parasol... y se quedó mirando atónito a Elvis North que estaba fumando plácidamente un aromático cigarro habano.

—Pero... ¿qué hace usted así? —exclamó.

Elvis North que vestía unos taparrabos de colores y llevaba un collar de flores al cuello y un hibisco entre los cabellos, le miró amablemente.

—Ah, jefe, hola... ¿Qué tal? Bueno, ya sabe que todo terminó a nuestro gusto, ¿verdad? Los muchachos terminaron todo lo que Alice y yo... Bueno, ya sabe. Por cierto: quienes le hicimos el favor a la Humanidad fuimos nosotros al eliminar a aquellos tipos. ¿A que sí?

—Sí... Desde luego. Venía a buscaros para que atendieran otro trabajito, esta vez en el Caribe, pero... Demonios, North: ¿qué hace vestido así?

—Pues verá usted: Alice dijo que lo muchachos polinesios le encantaban, así que ahora soy un polinesio.

—¡Qué majadería...! ¡A ver si porque se ponga un collar de flores y ese taparrabos se cree que usted ya no es usted!

—Hombre, no fastidie. ¿Y las ilusiones? ¿Y el buen humor? ¿Eh? Porque ya me dirá usted si unas personas que se están jugando la vida continuamente no tienen derecho a divertirse un poco y tener ilusiones.

—Eso tal vez sí, pero no veo la necesidad de hacer el payaso...

El visitante no dijo nada más. Acababa de ver aparecer a Alice Westmoreland, procedente de un bungalow. La bellísima Alice llevaba puesto solamente un *muumuu* que la cubría de cintura a rodillas, caminaba como si sus pies estuviesen en el cielo, y llevaba flores en la cabeza. Nada más. Cuando llegó junto a los dos hombres

sus hermosísimos pechos dejaron de oscilar con aquella turgencia deliciosa, y el sol pareció embellecerse al reflejarse en los bellísimos pezones sonrosados.

—¿Qué tal, jefe? —saludó Alice—. ¿Cómo le va? Oiga, ¿a que no sabe a qué estamos jugando? Imagínese: Elvis dijo que las muchachas polinesias le parecían encantadoras, y aquí me tiene usted, haciendo de polinesia... Ya sé que no voy a engañar a nadie, pero no me cuesta nada complacer al hombre que amo y que es una fiera haciendo el amor. Y, a propósito, jefe: ¿cuántas veces hace usted el amor al cabo del año?

—No lo atosigues —sonrió maliciosamente Elvis—. Deja que se recupere, mujer. Y mientras él se recupera... ¿Qué podríamos hacer nosotros?

—Pues no se me ocurre —rio cálidamente Alice.

FIN

¿Cuántos cabellos ha perdido usted hoy?

¿Ha mirado
bien el
peine, la
almohada y
el lavabo?



¡Olvide los
cabellos
caídos,
pero procure
conservar
los que le
quedan!

ADGOF N° 25 864 C - ADGOF N° 29 896 C

¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratin Loción y Queratin Champú

Aplique usted el procedimiento más efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados Queratin Loción y Champú Universal Queratin, que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los pocos días del uso metódico de Queratin Loción y Champú Universal Queratin usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados.

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratin son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

- Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.
- Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.
- Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(Continúa en la página siguiente)

Procure usted resolver cuanto antes los problemas de su cabello sin esperar a que se acentúen usando los productos Queratín, pues es más fácil detener una deficiencia capilar naciente que el remediar un problema que se haya convertido en crónico.

Si ya tiene usted cabellos normales y vigorosos consérvelos como hacen ininidad de personas que aplican continuamente con constancia y regularidad Queratín Loción y Champú Universal Queratín, para ayudarse a conservar la cabellera joven y sana, disfrutando además de su agradable y discreto perfume.

¡Beneficiése usted también de la acción bienhechora que proporcionan los magníficos productos QUERATIN!

¡NO LO DUDE! Haga HOY MISMO la petición enviando a Seleccion Europeas, Apartado de Correos, n.º 330, Santander (España), el boletín de pedido con su dirección completa escrita a máquina o con letra muy clara, en sobre cerrado y debidamente franqueado, y si no quiere recortar el boletín pa-

ra no estropear la novela facilítenos en carta sus señas igualmente con todos los datos de la misma forma, rogándole nos diga además, que su pedido es como consecuencia de haber leído el anuncio de las novelas de la Editorial Bruguera, S.A.

Ventas para España: Exclusivamente por correo contra reembolso a los siguientes precios:

QUERATIN LOCION

Frasco: 975 pesetas.

Contenido 200 ml.

CHAMPU UNIVERSAL QUERATIN

Frasco: 875 pesetas.

Contenido 200 ml.

Gastos de embalaje y envío certificado: 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATIN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente, 30 DOLARES USA, acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido, o adjuntando Cheque bancario con firma de gerencia, con la absoluta seguridad de que se lo serviremos a correo seguido.

BOLETIN DE PEDIDO

Selecciones Europeas, Apdo. Correos n.º 330·Santander (España)

Ventas para España: Señale con una X en los recuadros del artículo que le interesa y el número de frascos.

☐ Queratín Champú ☐ Número de frascos
☐ Queratín Loción ☐ Número de frascos

Nombre

Apellidos

Calle Número Piso

Población Distrito Postal

Provincia

INSTRUCCIONES PARA PARTICIPAR EN EL CONCURSO GANE 1 MILLON

EDITORIAL BRUGUERA, S. A., sorteará el último día hábil de cada mes, durante el primer semestre de 1985, 1 millón de pesetas entre todos los lectores que hayan enviado debidamente rellenado el cupón que figura en la tapa posterior de las novelas.

En dicho cupón ha de constar también el punto de venta dónde se ha adquirido el ejemplar, ya que el vendedor del cupón logrará un premio de 250.000 pesetas.

los cupones deberán enviarse a **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Apartado de Correos 9475, Barcelona.

Pueden enviarse todos los cupones que se desee, los cupones participantes en un sorteo serán destruidos al finalizar éste.

Los sorteos se efectuarán ante un notario de Barcelona y los ganadores que resulten de cada sorteo (comprador y vendedor) recibirán notificación notarial de su premio. Editorial Bruguera, S. A. publicará el nombre de los ganadores en las últimas páginas de todos los bolsilibros que edita.

Este concurso sólo es válido para territorio español.

Según las normas de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**, en este concurso no podrán participar los empleados y familiares de los mismos.

NOTA:

Las novelas en las que no figure el cupón de la parte posterior también sirven para participar en este concurso. Solicite de su vendedor habitual un cupón, adjúntelo con la tapa posterior de la novela y envíelo a Editorial Bruguera, S. A. Apartado de Correos 9475 de Barcelona. Puede participar con todos los cupones que desee, siempre que cada cupón vaya acompañado de su correspondiente tapa.

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

CUPON VALIENDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 034577

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA 90 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA